



CUADERNOS SOCIOLOGÍA UCM

ESTÁ MAL PELADO EL CHANCHO
APROXIMACIONES Y DEBATES EN TORNO
AL ESTALLIDO SOCIAL

EDITORES:
FRANCISCO LETELIER TRONCOSO
JAVIERA CUBILLOS ALMENDRA

Nº7

Cuadernos de la Escuela de Sociología UCM - ISSN 0719-9090

Publicado por la Escuela de Sociología de la Universidad Católica del Maule

Universidad Católica del Maule, Av. San Miguel #3605, Talca - 3460000 (Región del Maule)



Creative Commons License - **Copyleft**

BY: Reconocimiento (Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador)

NC: Uso no comercial

SA: Compartir bajo la misma licencia (Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta)

TÍTULO	ESTÁ MAL PELADO EL CHANCHO APROXIMACIONES Y DEBATES EN TORNO AL ESTALLIDO SOCIAL
FECHA	JULIO 2020 (NÚMERO 7)
EDITOR/A	FRANCISCO LETELIER TRONCOSO JAVIERA CUBILLOS ALMENDRA
AUTORES/AS	JULIEN VANHULST ALEJANDRA DUARTE VERA PATRICIA BOYCO CHIOINO CRISTHIAN ALMONACID DÍAZ JAVIERA CUBILLOS ALMENDRA RODRIGO NUÑEZ POBLETE MARÍA HAYDÉE FONSECA-MAIRENA BENOIT MATHOT FLAMAND SANDRA VERA GAJARDO JAVIER AGÜERO AGUILA HERNÁN GUERRERO TRONCOSO RODRIGO HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ MARCELO PINOCHET AYALA

A Rocío y Benoit, con cariño.



Índice

INTRODUCCIÓN	1
PARTE 1.....	3
El desarrollo: ¿para qué y para quienes?	4
¿Qué le falta a la democracia que tenemos?.....	12
La desigualdad y la justicia social en Chile	21
Economía y desigualdad	33
Ciudadanía y religión.....	43
PARTE 2.....	52
Cuando el desprecio pasó a ser la experiencia común en Chile	53
El malestar y el fuego en el oasis chileno.....	56
Conciencia de la injusticia y nuevo pacto social	60
La democracia chilena en cuestión	64
“Memoria de ciego” (o te arrancaré los ojos).....	66
Guerra y paz.....	68
Nada más que un punto... ..	72
¿Por qué hay política y no la nada?	75
Ciudad, justicia urbana y nueva constitución.....	77
El presidente y el espíritu santo	80
2019: El Año en que revisitamos la idea de poder y ciudadanía.....	82



INTRODUCCIÓN

Fiel a su línea editorial, este número de los Cuadernos de Sociología dialoga con lo público, con la contingencia. Sus textos fueron “hechos sobre la marcha”, y corresponden a algunos de los primeros intentos por nombrar todo aquello que nos evocó y nos evoca el “Estallido social” o el “Despertar de Chile”. En esta línea, esta edición es una tentativa por dejar registro de este ejercicio de enunciación, reflexión y diálogo.

El número se divide en dos secciones. La primera sección es el resultado del Foro ciudadano “Aprendizajes y debates para un nuevo pacto social” realizado el 9 de noviembre de 2019, una semana antes de la polémica firma del acuerdo por la Paz y la Nueva Constitución. Con la intención de propiciar diálogos a nivel local en torno a la revuelta social, el foro fue planteado como un espacio de encuentro entre saberes diversos: el académico, el de las organizaciones de la sociedad civil y el de los ciudadanos y ciudadanas. De este modo, dicho espacio catalizó la necesidad de encontrarse para compartir vivencias, ordenar los desafíos que planteaba el estallido social y reflexionar sobre aquello. El trabajo se organizó en doce talleres temáticos. Cada uno fue apoyado por un equipo de facilitadoras y facilitadores, conformado por académicas/os, profesionales y estudiantes. Dichos equipos tenían la tarea de realizar, en quince minutos, una provocación inicial que invitara a las/os asistentes a los talleres al diálogo. Posteriormente, los y las participantes debatieron en torno a dos tópicos: i) los mínimos que la sociedad debía darse en cada ámbito; y ii) los obstáculos que existían para alcanzarlos. A la luz de esta organización inicial se detonaron diálogos en diferentes temáticas. Dichas reflexiones fueron registradas, sistematizadas y devueltas a los y las participantes de los talleres respectivos.

Los cinco trabajos que seleccionamos para este número cubren diversos registros: la filosofía y la política, interrogando nuestra democracia; la sociología y la economía, problematizando la idea de desarrollo y desnaturalizando las injusticias y las desigualdades; y la teología, abriéndose a la relación a veces poco explorada entre religión, política y modelo neoliberal. Los textos presentan una síntesis

de la provocación inicial y luego relatan los principales aspectos del debate que tuvo lugar en cada sala.

La segunda parte del Cuaderno presenta una compilación de diez columnas de opinión escritas por docentes e investigadoras/es, en su mayoría, de la Universidad Católica del Maule. En dichas columnas se entremezcla la vocación de comprender y explicar lo que estamos viviendo, con la pulsión por comunicarse con otras/os, de expresar los propios temores y expectativas. Son textos que –a pesar de posicionarse desde distintos puntos de vista y desde diferentes registros disciplinares: teológicos, filosóficos, sociológicos y políticos— confluyen en dos ideas: el daño producido por el modelo capitalista neoliberal a la convivencia y a la democracia ha sido profundo; y se necesita con urgencia repensar una sociedad más justa, inclusiva y humana.

Si bien los escritos que componen el número tienen énfasis y estilos distintos, su común denominador puede resumirse en la típica expresión chilena “está mal pelado el chanco”, desde la cual surge el título de este nuevo número de los Cuadernos de Sociología. Este dicho, que apela a una distribución injusta, tiene hoy una doble connotación: las insoportables diferencias sociales y económicas que nos llevaron a la calle a partir del 18 de octubre de 2019 y las precariedades que, en una sociedad desigual, está provocando y desnudando la pandemia por COVID-19. Ambas son expresiones de un mismo problema y, como mostrarán los textos a continuación, exigen repensar nuestra convivencia, preguntarnos qué entendemos por desarrollo y redefinir el rol del Estado y de la propia sociedad, tanto en las formas de profundizar la democracia que hoy tenemos, como en los modos en que garantizamos bienestar a todas las personas quienes componen nuestra sociedad.

Francisco Letelier Troncoso

Javiera Cubillos Almendra

Editores

PARTE 1

El desarrollo: ¿para qué y para quienes?

Julien Vanhulst¹ y Alejandra Duarte Vera²

Introducción: una provocación para pensar el desarrollo y sus alternativas

La idea de “desarrollo” es el último avatar de la construcción de la civilización occidental moderna (secular, tecno-científica, industrial, capitalista y de consumo). En efecto, a partir de mediados del siglo XX, asume el lugar de las ideas en torno al “progreso”, el “crecimiento”, la “modernización” o la “revolución”, al mismo tiempo que las trayectorias socioeconómicas globales se reorganizan en relación al ideal regulativo del “desarrollo” (Beling & Vanhulst, 2019). En este sentido, el “desarrollo” puede entenderse como un discurso históricamente contingente, que –basándose en una visión económica del mundo y una caja de herramientas gestionada por expertos– definió una jerarquía entre naciones en términos supuestamente objetivos, en torno a indicadores como el crecimiento de la producción y el ingreso per cápita, la escolarización, la expectativa de vida de los individuos, o la existencia de ciertos regímenes de propiedad y de ciertas instituciones políticas y comerciales (Rist, 2002).

Tradicionalmente, la “era del desarrollo” está asociada al discurso de investidura del presidente estadounidense Harry Truman en enero de 1949. El punto IV de su discurso se refiere, por primera vez, a la necesidad de aportar una ayuda económica a las naciones calificadas de “subdesarrolladas”. A partir de este momento, el sentido común de la palabra desarrollo será modificado e insertado en la antinomia Desarrollo/Subdesarrollo³, al mismo tiempo que se instaura un programa mundial para

¹ Académico de la Escuela de Sociología e investigador del Centro de Estudios Urbano-Territoriales, Universidad Católica del Maule.

² Estudiante de Sociología, Universidad Católica del Maule.

³ Sin embargo, el principio de grados de desarrollo se encuentra ya en el artículo N° 22 del pacto de la Sociedad de las Naciones (luego de la Primera Guerra Mundial); y los principios del desarrollo están enunciados en la Carta del Atlántico firmado entre Franklin Roosevelt y Winston Churchill el 14 de agosto de 1941.

el desarrollo que sigue vigente hasta hoy⁴. Esta nueva ideología del desarrollo aparece en el contexto de la guerra fría y supone que los países “subdesarrollados” deben orientar su trayectoria en la vía del desarrollo trazado por el Occidente “desarrollado”.

Así, se consolida a mediados del siglo XX una visión del desarrollo como un proceso de evolución lineal, esencialmente económico, mediado por la apropiación de recursos naturales, guiado por diferentes versiones de eficiencia y rentabilidad económica, y orientado a emular el estilo de vida occidental. Lo que se reforzará con el empuje “neoliberal”, a partir de los años 1970-80, que profundiza las ideas convencionales de industrialización, modernización social, expansión del mercado y una cultura volcada al consumo (Beling y Vanhulst, 2019).

La idea de desarrollo se ha instalado como un significante flotante en torno al que se construyó y consolidó el imaginario sociopolítico global, asociado a la promesa de un futuro siempre mejor para todos; se impone como un ideal positivo y deseable que permite superar las condiciones de miseria y mejorar la calidad de vida de todos. En el transcurso de las siete décadas de la era del desarrollo, aparecieron una serie de adjetivos que expresan los necesarios matices históricos de una misma idea matriz: desarrollo endógeno, etnodesarrollo, ecodesarrollo, desarrollo a escala humana, desarrollo humano, y el desarrollo sostenible. Sin embargo, el fundamento monolítico occidentalista, economicista y naturalista del “desarrollo” rara vez fue puesto en entredicho.

El taller *“El desarrollo: ¿Para qué y para quienes?”* nace como una propuesta para reflexionar colectivamente sobre las contradicciones derivadas de la instauración del programa político del desarrollo en Chile y de su normalización generalizada a pesar de los resultados no siempre coherentes y positivos de las políticas de desarrollo. Lo anterior, ha tenido especial relevancia en el contexto de estallido social en Chile, particularmente visible a finales del año 2019, que (in)directamente puso en tela de juicio tanto el modelo como la institucionalidad del desarrollo vigentes; pero también ha evidenciado el aferramiento al ideal regulativo del desarrollo tanto por parte de la élite política (que defiende su programa) como de la ciudadanía (que adopta una postura ambivalente entre crítica al desarrollo y demanda por democratizar el desarrollo). Más allá de las contradicciones internas al movimiento, este escenario de crisis social abre un claro momento de deconstrucciones instituyentes que permiten reflexionar sobre el desarrollo.

⁴ Particularmente expresado, en la actualidad, en los llamados “Objetivos del Desarrollo Sostenibles” de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

De esta manera, en un primer momento del taller, propusimos repensar la idea de desarrollo analizándola desde las dimensiones que la componen tales como: económica, social/humana, ecológica, cultural, local y territorial, entre otras. Entre estas, la dimensión material/económica asume una particular predominancia en el imaginario social, condicionando de cierta manera la idea de progreso (hacia un futuro mejor), muchas veces reproduciendo el modelo cultural occidental. Como en el resto del mundo, en Chile la idea de desarrollo se instaló como eje orientador de la agenda política en la segunda mitad del siglo XX, convirtiéndose en la “eterna promesa” de igualarse a los países “desarrollados”, insistiendo en ideas en torno a la modernización, prosperidad, mejoramiento en los niveles de vida, integración y erradicación de la pobreza. Es así como un simple ejercicio de análisis de algunos discursos presidenciales destaca esta eterna promesa de llevar Chile a ser un país desarrollado. En el año 2000, Ricardo Lagos anuncia: “Estamos aquí en un nuevo milenio. En menos de una década cumpliremos 200 años como nación libre, como nación soberana. Propongo una gran tarea común para esa fecha: llevar a Chile al máximo de sus posibilidades para tener en el 2010 un país plenamente **desarrollado** e integrado”. Y en 2010, Sebastián Piñera posterga la promesa: “Esta nueva década [...] será recordada como una de las más decisiva en la historia de Chile. Porque antes que esta década concluya, Chile habrá alcanzado el **desarrollo** y superado la pobreza”. Al parecer, definitivamente no se cumplieron las promesas y, en 2014, Michelle Bachelet inicia su segundo mandato aseverando que “es hora de iniciar juntos el camino a una nación **desarrollada** y justa, moderna y tolerante, próspera e inclusiva”, siguiendo la senda del eterno programa inconcluso del desarrollo. Incluso actualmente, el programa del segundo gobierno Piñera (2018-2022) reitera la promesa retórica del desarrollo, asumiendo como misión “transformar a Chile en ocho años (sic) en un país **desarrollado** y sin pobreza”.

Y ¿qué pasa hoy?, después de 70 años de política de “desarrollo”, de la consolidación de un ideal universal(izado) siempre postergado y no siempre positivo, algo como un espejismo del desarrollo. Simultáneamente a su normalización, aparecieron nuevas preocupaciones sociales, ambientales y culturales que obligaron a definir programas de “desarrollos alternativos” (sustentable, humano, etc.) y, últimamente, vemos aflorar críticas más profundas y una cierta reapropiación de la idea misma de futuro, que implican pensar en “alternativas al desarrollo” (Escobar, 1996). Algo de eso aparece en las demandas sociales en Chile a finales del año 2019, visibilizando una serie de problemas que nacieron de la precarización de las clases medias, de las crecientes desigualdades económicas, políticas y sociales, del etnocentrismo, de la depredación del medio ambiente y de lo vivo, entre otros; y

cuestionando la forma en que el gobierno se muestra internacionalmente como el “buen alumno del desarrollo” o “el oasis dentro de Latinoamérica”.

¿De qué forma y bajo qué argumentos Chile se construyó una imagen de buen alumno del desarrollo? En principio, se pueden destacar indicadores como el Producto Interno Bruto (PIB)⁵ y el Índice de Desarrollo Humano (IDH)⁶, como datos empíricos que permiten mostrar a Chile como un país próspero económicamente y socialmente, ubicándose en los primeros lugares del ranking Latinoamericano. Estos datos, y más generalmente la política económica de Chile, ha permitido al país entrar a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE)⁷, comparándose así con los países “desarrollados”, consagrando los buenos resultados de su política de desarrollo. Y, sin embargo, el modelo chileno, supuestamente ejemplar, ha quedado expuesto de manera muy paradójica con la crisis social desatada a finales del año 2019. Lo que se considera como la mayor crisis social desde la dictadura muestra, por primera vez tras muchos años de ceguera y silencio, profundas desigualdades e injusticias que venían acumulándose, dejando en evidencia problemas en torno a la educación, la salud, las pensiones, es decir, a los pilares fundamentales del bienestar social. Las protestas, los mensajes, los gritos, las demandas y reivindicaciones del 18 de octubre dan cuenta de un desarrollo insostenible, donde los principios de crecimiento material, social y económico se ven contrapuestos frente a las problemáticas que se han relevado por la mayoría de las personas del país: la cara oculta del desarrollo, las sombras del oasis chileno, el “maldesarrollo”.

De esta manera podemos identificar una serie de consecuencias del maldesarrollo en Chile, que han desatado el malestar social expresado en las diferentes marchas y protestas a lo largo del país. Desde una perspectiva económica, las protestas dejaron al descubierto las grietas del modelo neoliberal, el cual ha permitido que exista una distribución de la riqueza muy desigual, donde, por el ejemplo, el 1% de la población concentra el 26,5% de la riqueza total del país. Es así como el modelo de desarrollo

⁵ En macroeconomía, el Producto Interno Bruto es un indicador que expresa, en valor monetario, la cantidad de producción de bienes y servicios intercambiados en el mercado en un país o una región durante un periodo determinado, generalmente un año.

⁶ El Índice de Desarrollo Humano es un indicador compuesto, elaborado por el Programa de las Naciones Unidas por el Desarrollo (desde 1990), que agrega indicadores relativos a tres dimensiones del desarrollo: salud (la esperanza de vida), educación (la tasa de alfabetización de los adultos y promedio de años de escolaridad) y económico (la paridad del poder adquisitivo en dólares por habitantes).

⁷ La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos es un organismo de cooperación internacional integrado por 36 estados, y que tiene por objetivo coordinar sus políticas económicas y sociales. En América Latina, sólo México y Chile entraron al club de la OCDE. Los países miembros se reúnen para intercambiar información y armonizar políticas con el objetivo de maximizar su crecimiento económico.

neoliberal ha impactado negativamente los derechos básicos de las y los chilenos, comodificando⁸ lo vivo y mercantilizando el conjunto de las relaciones sociales. En respuesta, las exigencias expuestas por la población son muchas y diversas, entre estas: un acceso universal a una educación de calidad, el derecho a la salud, la garantía de pensiones dignas, el fin al lucro a partir de los servicios básicos y proponer parámetros solidarios para su suministro, la protección y la desmercantilización de la naturaleza, el reconocimiento del Wallmapu (o la nación mapuche) libre, etc.

Pareciera que nos hemos parado a cuestionar el desarrollo, pero ¿qué tanto somos capaces de pensar fuera del principio rector que ha colonizado nuestros modos de pensar, sentir y actuar desde más de medio siglo? ¿Qué tipo de desarrollo queremos?, ¿cuáles son las demandas en torno al ideario del desarrollo en un momento donde se lucha por el bienestar de todos? Y ¿quiénes son los responsables de asegurar el desarrollo o de proponer nuevos caminos fuera del desarrollo? Para pensar un nuevo pacto social es necesario no solo interpelar a los dirigentes políticos y la élite económica, sino cuestionar también nuestros propios modos de vida. De esta manera, surge la pregunta: ¿qué tanto podemos pensar en otra utopía cuando estamos todos inmersos en el relato del desarrollo? ¿Queremos que se cumplan las promesas del desarrollo? o ¿Somos capaces de pensar alternativas al desarrollo?

Discusión en torno a la provocación inicial⁹

Posterior a la presentación inicial realizada por los expositores, se abrió un espacio de reflexión colectiva para pensar un nuevo pacto social, a partir de lo que se considera como condiciones básicas adecuadas para vivir una vida digna, los obstáculos para ello y propuestas concretas que nos permitirían romper las barreras para alcanzar el buen vivir.

Con el fin de poder definir de manera más clara las condiciones básicas para vivir una vida digna, se señala la necesidad de un “momento cero”, haciendo referencia a la capacidad de imaginar algo fuera del cerco del modelo de desarrollo dominante, requiriendo ciertas condiciones para abrir el ideario del desarrollo y pensar en nuevas alternativas. Primero, resulta necesario decolonizar la idea de

⁸ Commodificar es una traducción literal de la palabra inglesa “commodification”, que se refiere a transformar algo en “commodity”, en una mercancía.

⁹ El trabajo de sistematización del taller ha sido realizado por el profesor Julien Vanhulst, y los/las estudiantes Alejandra Duarte, Maximiliano Baeza, Romina Vejar y Francisca Obispo.

desarrollo, es decir, mirar lo invisible (lo invisibilizado por el modelo de desarrollo imperante), empujando las fronteras de lo posible. Por otro lado, se manifiesta la necesidad de no darle tanto crédito a los indicadores macroeconómicos del país, dado que no integran las diferentes dimensiones de la vida social, interfiriendo en la manera en que se expone el desarrollo tanto nacional como internacionalmente. Por último, se indica la idea de desfragmentar la vida comunitaria y pensar las interdependencias entre los actores humanos, y entre actores humanos y actores no humanos, es decir, con todo el tejido de la naturaleza biótica (las plantas y los animales) y abiótica (el agua, las rocas, la tierra, etc.).

Con eso, los mínimos necesarios para vivir una vida digna se encuentran en el orden de la calidad de vida objetiva, pero también en las condiciones subjetivas del bienestar. En referencia a la calidad de vida, los participantes señalaron que es necesario que existan viviendas para todos, con el fin de ir superando la segregación material y simbólica, relacionada con la estigmatización social existente en los diferentes barrios vulnerables del país. También se hace necesario tener como base una buena alimentación y educación en todos los niveles, con el fin de asegurar el bienestar de todos los jóvenes de forma transversal e independiente de su origen o clase social. En cuanto al aspecto laboral, se proponen remuneraciones justas para los distintos tipos de trabajos presentes en la sociedad. Por otro lado, en cuanto a las condiciones subjetivas, se indica la necesidad de reconstruir sujetos políticos, fomentando la salud física y mental, con el fin de repensar nuestros modos de vida de una manera más cooperativa y sana.

En cuanto a los obstáculos, los asistentes señalaron que algunos de estos se encuentran en el orden de las trampas del modelo socioeconómico (extractivista/capitalista), el cual favorece una cultura de gratificación instantánea (exitismo, clientelismo, amiguismo, entre otros), generando problemas de vocación profesional, pero también de acceso democrático a empleos en el modelo actual. También se observan barreras en el aspecto educativo, en torno a la segregación y la precariedad existentes en los diferentes niveles estudiantiles en el país. Aquí se hace una crítica a la educación de mercado y las brechas existentes entre colegios privados y municipales. Así mismo, se menciona la falta de capacidades de las personas para responder a los problemas de la vida colectiva, enfatizando en las posibilidades de apropiación del desarrollo a nivel local tras el fomento del trabajo cooperativo. De la misma forma se critica el individualismo, que puede observarse a partir de las dinámicas de consumo exacerbado motivado por el deseo de prestigio y estatus social.

Finalmente, las principales propuestas para superar los obstáculos y guiar un camino hacia el buen vivir están en el orden de reconstruir espacios instituyentes, vale decir, espacios de debates, deliberación y definiciones de lo que se quiere construir, de acuerdo a una base ética para reconstruir o volver a pensar el desarrollo en armonía con los otros y con la naturaleza. También se indica que se hace necesario tomar una perspectiva de soberanía territorial (local), intentando superar las relaciones de dominación (salir de la competitividad, exitismo y elitismo) y favorecer relaciones de colaboración bajo relaciones más comunitarias. Lo anterior permite evocar ideas en torno a la descentralización para la recuperación de la soberanía local, fomentando procesos de regionalización de las instituciones políticas. Para concluir, se presentó la idea de ir nacionalizando progresivamente los recursos naturales de país, haciendo énfasis además en potenciar el trabajo campesino intentando realzar las economías cooperativas.

En el trasfondo de los debates facilitados en el taller, encontramos los grandes debates históricos inconclusos en torno al desarrollo: la consideración de la "multidimensionalidad" del espectro del desarrollo (el caleidoscopio del desarrollo a menudo reducido a la dimensión económica/material)¹⁰; la consideración de las "necesidades básicas"¹¹ y la construcción colectiva de "satisfactores" de estas necesidades por las personas para las personas, por la vida, para la vida; la necesidad de democratizar la democracia, de abrir la economía, la educación y nuestras prácticas cotidianas; la necesidad de potenciar las "capacidades"¹² y ampliar las "libertades" para parar a mirarnos, tejer nuevos espacios instituyentes emancipadores en espacios locales enlazados con lo global. Si el desarrollo es un significativo flotante abierto, queda por ver si somos capaces de llenarlo de contenido acorde con las reivindicaciones por un mejor futuro, de lo contrario, será necesario pensar alternativas fuera del desarrollo.

¹⁰ La multidimensionalidad del desarrollo ha sido introducida por varias voces disidentes en el coro del desarrollo, entre ellas: François Perroux, Dudley Seers, Henri David Thoreau, John Ruksin, pero también Mahatma Gandhi, U Thant, así como todos los defensores de una sustentabilidad socio-ecológica (*i.a.* Rachel Carson, Barbara Ward, Ignacy Sachs, Maurice Strong, Denis Meadows, para mencionar unos pocos precursores).

¹¹ El enfoque de las necesidades ha sido desarrollado particularmente por Manfred Max-Neef en Chile.

¹² El enfoque de capacidades y la idea de "desarrollo como libertad" ha sido desarrollada por Amartya Sen y Martha Nussbaum en los años 1990.

Bibliografía

- Beling, A. E., y Vanhulst, J. (Eds.). (2019). *Desarrollo non sancto: La religión como actor emergente en el debate global sobre el futuro del planeta*. México D.F: Siglo XXI Editores México.
- Escobar, A. (1996). *La invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Rist, G. (2002). *El desarrollo: Historia de una creencia occidental*. Madrid: Catarata.



¿Qué le falta a la democracia que tenemos?

Patricia Boyco Chioino¹³ y Cristhian Almonacid Díaz¹⁴

... *Encuentro que está muy mal pelado el chancho.*

(Mujer, dirigente vecinal, Talca. Participante del taller)

Introducción

Este trabajo es el resultado del taller *¿Qué le falta a la democracia que tenemos?* realizado con ocasión del *Foro Ciudadano: aprendizajes y debates para un nuevo pacto social*. Consistió en dialogar en torno a uno de los grandes aspectos puestos en cuestión en el estallido social: el actual sistema democrático chileno. El supuesto de partida en el taller es que la democracia en Chile ha dado suficientes señales de agotamiento y ha generado desconfianza respecto a si representa el interés de la mayoría de las y los ciudadanos y si es efectivamente un sistema pluralista.

La metodología de trabajo en el taller se organizó en base a los siguientes pasos: una provocación temática por parte de ambos moderadores del taller; una sesión abierta en el que se recogían las reacciones de participantes a la provocación; un trabajo en grupos en torno a tres preguntas: ¿Qué le falta a esta democracia? ¿Qué obstáculos detectamos en la sociedad chilena y/o nuestra realidad personal, vecinal o local que impiden esos mínimos? Y ¿Cómo podemos abordar estos obstáculos? El taller finalizó con un compartir general de las respuestas a las preguntas grupales y una elaboración de conclusiones.

Hemos intentado sistematizar las ideas de los y las participantes, enfatizando los problemas y las propuestas que surgían de los debates. Nuestra motivación principal es ofrecer un documento escrito

¹³ Profesional de SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación.

¹⁴ Académico del Departamento de Filosofía, Universidad Católica del Maule.

sobre del diálogo. Esperamos que pueda convertirse en un testimonio de la voz de sus participantes, un insumo para la reflexión en clave local y un antecedente sencillo, pero importante, en vistas del fortalecimiento de la democracia en Chile en el futuro.

Provocación inicial

Se suele afirmar que la democracia es el mejor sistema de gobierno social y político. Tal vez sería difícil contradecir esa idea y, obviamente, se esperaría que este sistema estuviese ampliamente distribuido en nuestras sociedades. Sin embargo, según el Índice de la Democracia que anualmente publica *The Economist*,¹⁵ casi la mitad de los países en el mundo carecen de un sistema democrático. También sabemos que la democracia como modelo de gobierno ha tenido sus críticas. Así, para Platón, la democracia era una pésima forma de gobierno, porque las personas unidas en grupo multiplican al infinito los deseos e intereses que se hacen imposibles de satisfacer. Para otros, como el economista Joseph Schumpeter, la muchedumbre no piensa con equilibrio y se expresa mediante una voluntad colectiva que suele basarse en la ignorancia. Estos dos ejemplos son una muestra de cómo la idea de democracia es, por sí misma, un problema.

Y así como la democracia tiene objeciones teóricas, también tiene objeciones concretas, partiendo del hecho según el cual, en la práctica, es imposible una democracia directa cuando la población general puede llegar a varios millones de personas. Por ello, se suele optar por modelos de democracia representativa, que traen aparejado el reducirla a un sistema de competencia electoral mediante el sufragio. El problema es que, en muchos lugares, adquiere la forma de campañas publicitarias antes que del debate de proyectos e ideas políticas. Súmese a ello la desafección de la ciudadanía respecto a la participación, al quedar esta reducida a votar cada cierta cantidad de años.

Los problemas asociados a la democracia permiten una primera inferencia: la democracia es un proyecto. En tanto sistema de gobierno, la democracia no es algo dado; es algo que hay que construir y que, en esa medida, siempre es perfectible. Esa posibilidad de perfección está ligada a la inagotable fuente que representa el espacio público. Hay posibilidades de mejor democracia si las y los ciudadanos repletan ese espacio público por medio de la participación, la deliberación y el diálogo plural, medios inexcusables para descubrir aquello que le falta a la democracia que tenemos.

¹⁵ Para mayor información, ver *Democracy Index 2019*, disponible en: <https://www.eiu.com/topic/democracy-index>

En nuestro país, aquello que se denomina “democracia chilena” es un ejemplo de cómo, en la práctica, las ideas sobre democracia pueden experimentar problemas muy concretos.

Desde los años 80, en el país y en toda América Latina la democracia se instaló como sistema político dominante. En una definición básica e inicial, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) se refirió a la democracia como el conjunto de condiciones para elegir y ser elegido, y como una manera de organizar la sociedad para asegurar y expandir los derechos de las personas (PNUD, 2004).

Si la ciudadanía es el fundamento de toda democracia, también lo son —específicamente y de manera integral— el desarrollo pleno de sus derechos políticos, civiles y sociales. No se trata solo, como en el lenguaje común se la entiende, de una “democracia electoral”, caracterizada por el derecho a voto y la realización de elecciones periódicas, libres, limpias. Tampoco como el medio para elegir o ser elegido, vía elecciones, en cargos públicos de representación popular.

La democratización verdadera es algo más que las elecciones. Los desequilibrios en los recursos y el poder político socaban a menudo el principio “una persona, un voto”, y la finalidad de las instituciones democráticas (PNUD, 2002: pág.4).

No obstante, el avance civilizatorio de contar con democracias relativamente estables en el continente, ello no ha resuelto el problema de la pobreza y, sobre todo, no ha disminuido la desigualdad o las desigualdades que siguen afectando los derechos civiles, sociales y políticos de ciudadanas y ciudadanos. Hoy estos problemas se convierten en evidencias que diversos grupos, poblaciones o segmentos de la hoy sociedad global y local, o movimientos sociales, hacen visibles con sus luchas directas. La democracia en Chile parece estar al debe en este ámbito.

Entonces, la democracia ha sido, es y sigue siendo una experiencia inconclusa y que permanentemente requiere de nuevos pactos sociales. Esto es, exige nuevos acuerdos generados como parte del ejercicio de ‘la política’, comprendida como la completa deliberación ciudadana, diversa y plural, y no como una tarea de ‘los políticos’, por lo demás hoy muy cuestionados o desprestigiados en Chile y en nuestro continente.

A propósito del malestar ciudadano, dos elementos se conjugan en esta reflexión. Uno es que en la memoria social del pueblo chileno persiste un aspecto importante de la historia republicana predictatorial: el Estado siempre tuvo un rol decisivo en la narrativa o el relato según el cual se genera

igualdad social, vía el acceso universal a la educación, la salud, la vivienda, etc. Lo segundo, es que ese relato no está refrendado en los hechos, pues el imaginario que lo articula choca con la evidencia que proporciona el coeficiente Gini, que mide la desigualdad en Chile y otros países: en el año 2017, el 50% de los hogares chilenos de menores ingresos accedió al 2,1% de la riqueza neta del país, y el 10% de los más adinerados concentró el 66,5%. Más aún, el 1% de los así llamados “súper ricos” se quedó con el 26,5% de la riqueza (PNUD-CEPAL, 2019).

Pero también están tanto las exclusiones sociales históricas del sistema democrático: de las mujeres, de los pueblos originarios, de niños y niñas que quedan fuera de las decisiones del espacio público-político, aunque son parte fundamental del espacio doméstico en la sociedad —como lo era en la democracia griega—, patrón cultural que aún persiste como modelo democrático para nuestros pueblos y para los territorios locales. En nuestra democracia, finalmente, persisten las “trampas” de la Constitución de 1980, dejadas en la dictadura cívico militar liderada por Augusto Pinochet para que ni siquiera en un “sistema representativo democrático moderno y liberal” el voto de un ciudadano o ciudadana mayor de 18 años sea igual a un voto electoral que —precedido de espacios y momentos de deliberación democrática— iguale en derechos políticos la posibilidad de construir, día a día y entre los diversos, “una nueva casa en común”.

Primeras reacciones a la provocación (sesión abierta)

A partir de la provocación inicial se dio paso al debate. Este se condujo en base a cuatro grandes reflexiones que concentraron las intervenciones y conversaciones¹⁶.

1. En Chile hace falta construir o re-construir una cultura democrática, tanto en el país (espacios públicos, un nuevo *ethos* republicano y ciudadano) como en la casa (espacio doméstico), ante lo cual es necesario un Estado más presente. En especial, se requiere un sistema educativo público —y no de mercado, como el actual— que tenga un rol protagónico, distinto al que hoy tiene: actualmente, el lucro del mercado manda en este derecho social ciudadano colectivo.
2. El desprestigio de los políticos y del sistema político representativo actual:

¹⁶ Es importante destacar que el diálogo entre los/as asistentes al taller fue muy rico en temáticas, contenidos y debates. Aquí solo podemos destacar algunos ejes que consideramos especialmente significativos.

Ellos están así, como que se tomaron el poder —los de derecha e izquierda— y no lo quieren soltar. (Mujer de mediana edad, dirigente de Junta de Vecinos de Talca).

Todo lo cual, es consecuencia del `sistema binominal´ definida para la selección de representantes en el parlamento (tanto en la Cámara de Diputados y el Senado), el que fue institucionalizado en dictadura y fue modificado el año 2015 (a partir de la Ley N°20.840).

No hubo referencia a las modificaciones parciales propuestas al sistema, logradas a duras penas —y bastante negociadas en los gobiernos de Ricardo Lagos (2000-2006) y Michelle Bachelet (2006-2010 y 2014-2018) con la derecha política del país—. Tampoco ha habido críticas, a nivel nacional al sistema político representativo en sí: se sobreentiende que lo representativo es parte de la democracia. Es decir, los asistentes valoran este aspecto de la democracia, pero no están de acuerdo; manifiestan desafección. La crítica del grupo es a un sistema democrático que tiene escasas posibilidades de renovación de personas y al conjunto de condiciones que empobrecen la democracia representativa. Por ahí se insinúa la necesidad de combinar la democracia representativa con mecanismos de democracia directa (no se mencionan mecanismos, pero se los demanda como parte de los mecanismos de una democracia directa).

Interesante resulta destacar al respecto de la escasa renovación de las personas que ejercen una representación política la siguiente opinión emitida:

Yo soy de la Junta de Vecinos, si tengo mayoría salgo. Los políticos no: es por cuoteo político. Hay que hincarle el diente a eso. Y el Estado le paga al partido político por la cantidad de elegidos que saca; o sea, se están haciendo ricos con el sistema. (...) ¡Encuentro que está muy mal pelado el chancho! (Mujer, dirigente vecinal, Talca)

Dejando en evidencia que en Chile hay una sensación subjetiva común de injusticia respecto de las elecciones de autoridades (parlamentarios).

3. Existe la convicción de que esta democracia está capturada por el poder mercantil de las élites del país (ahora, además, globalizadas), que acrecentaron su poder y omnipresencia en la forma en que proveen los servicios sociales básicos, aquello que de hecho son los derechos de la ciudadanía social: salud, educación, vivienda, pensiones; que desde su posición influyen con su poder económico en las decisiones de las autoridades, en su relación con los problemas de la

ciudad... Y esto, en todos los gobiernos pos recuperación de la democracia de los 80. Es decir, la democracia que volvió a Chile a fines de los 80, lo hizo en un envase neoliberal. Esta realidad, difícil de digerir y que en su momento se presintió y se transmitió, aún se experimenta, y se manifestó en este encuentro como extendida rabia.

4. El sistema democrático requiere descentralizar las decisiones a nivel país, y hacerlo desde los territorios y sus particularidades. Se demanda decidir directamente desde los espacios territoriales más cercanos: que mi voto o intención de voto nos represente en las regionales, provinciales, locales, más allá del derecho a voto político ejercido en las actuales circunscripciones electorales y municipales. Y hacerlo, destacan, vía parlamentos regionales. Y (aunque no lo dijeron, pero se entiende) con presupuestos propios. Porque si no se establece así, se reproduce el centralismo y los territorios de las juntas de vecinos seguirán peleando por pequeños fondos (intrascendentes, aunque necesarios) para mejorar su calidad de vida territorial y convivencia.

Trabajos en Grupo: Ideas y aportes desde participantes

Después de las reacciones individuales a la provocación inicial, el taller culminó con un trabajo grupal, que reunió a los participantes para dialogar en torno a diferentes preguntas. A continuación se mencionan los principales resultados obtenidos del trabajo de grupos en base a las preguntas mencionadas.

Pregunta 1: ¿Qué le falta a esta democracia?

De acuerdo con el registro del trabajo en grupos, las respuestas se encontraron en este lugar común: está la tarea y/o el desafío de lograr acuerdos y valores universales democráticos (vía distintos ejercicios de deliberación ciudadana de base) que hoy representen a los distintos colectivos en su diversidad y respetando sus aspiraciones democráticas. Es decir, encontrar un lugar donde ser y sentirse actores políticos participantes, en el sistema democrático actual. Como manifiesta uno de los grupos de trabajo:

Para ello se necesita una re-politización que favorezca una participación lo más amplia posible... y una gobernanza multinivel y confianza múltiple, confianza en el otro y en las instituciones que nos representan...

Pregunta 2: ¿Qué obstáculos detectamos en la sociedad chilena y/o nuestra realidad personal, vecinal o local que impiden esos mínimos?

En conjunto, en sus resultados, los trabajos de los grupos refieren a las deficiencias y/o restricciones de representación democrática —tanto del antiguo sistema binominal que en su fondo sigue de algún modo presente (y que impide la ecuación “una persona, un voto”)— como de la sub representación de grupos que históricamente fueron invisibilizados: mujeres, jóvenes, pueblos originarios diversos, etc. Al parecer, Chile tiene esta particularidad pactada en la transición democrática.

Súmese a lo anterior el mermado poder de las regiones y de los territorios locales al interior de ellas. En sociedades supeditadas a poderes económicos con presencia e injerencia local y nacional, la autonomía para decidir democráticamente desde abajo es solo una declaración políticamente correcta.

Nos hacen falta espacios de discusión comunitaria que además sean influyentes.

¡Es decir, que existan mecanismos institucionales claros de cómo estas ideas que surgen de acá, “suban”! (Trabajo de Grupo)

Pregunta 3: ¿Cómo podemos abordar estos obstáculos?

En momentos de amplia movilización ciudadana, como el que existía en el momento del taller, se apuesta por un cambio de la Constitución en el país. Se requiere una Carta magna que reordene y/o al menos permita que el mercado no siga siendo el organizador de la vida y de nuestra convivencia democrática, pues solo genera y reproduce desigualdades.

Todo este movimiento social que hemos experimentado ha traído a la luz demandas de cambio del modelo económico; por la concentración de poder, este cambio no es posible en el actual sistema democrático. (Trabajo de Grupo)

Y respecto a la pregunta concreta: el conjunto de obstáculos se puede y debe abordar con más democracia, con más deliberación y ejercicio ciudadano en la esfera política; y combinando la democracia electoral y representativa con el legítimo ejercicio directo de la expresión en las calles.

A manera de conclusión

Al parecer no solo era cuestión de recuperar la democracia como sistema político, o las condiciones para que ella opere en el país. La aspiración ciudadana de fondo, desde hace más de cuarenta años en Chile, ha sido un nuevo contrato social que iguale en derechos y aspiraciones comunes a la sociedad. La aspiración es a una sociedad de iguales "en democracia". No a una porción de igualdad social ni únicamente a un ejercicio político electoral periódico.

Las promesas democráticas distan fuertemente de la realidad social y política chilena. La sensación general de la ciudadanía es la de no ser parte ni estar considerada en la toma de decisiones. Las estructuras de representación manifiestan signos fortísimos de desgaste, y se suman a la incapacidad de responder a las expectativas de una sociedad que busca mayor justicia social, decisiones democráticas que tengan en cuenta a todos los involucrados y una distribución equitativa de los beneficios del progreso económico.

Cansada de darse vueltas luego de cada ronda electoral, el 18/O/2019 la ciudadanía diversa, a nivel nacional y territorial, desbordó los convencionales marcos o canales de actuación institucional establecidos "en democracia". Ejerció democracia directa. Salió masivamente a las calles, se juntaron —como nunca antes— diversas agendas sociales, políticas, locales y ciudadanas (incubadas en tiempos globales) bajo un paraguas común: la necesidad de encontrar un nuevo "nosotros" como sociedad, en Chile, y que ese sujeto se plasme en una nueva Constitución política. Esta vez, por primera vez, generada desde la ciudadanía, con unas reglas democráticas realmente democráticas.

Bibliografía

- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2004). *La Democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. Disponible en: <https://www2.ohchr.org/spanish/issues/democracy/costarica/docs/PNUD-seminario.pdf>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2002). *Informe sobre Desarrollo Humano en Chile: Nosotros los chilenos, un desafío cultural*. Disponible en: https://www.undp.org/content/dam/chile/docs/desarrollohumano/undp_cl_idh_informe_2002.pdf
- PNUD-CEPAL (2019). *Panorama Social en América Latina 2018*. Disponible en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/44395/1/S1900051_es.pdf



La desigualdad y la justicia social en Chile

Javiera Cubillos Almendra¹⁷ y Rodrigo Núñez Poblete¹⁸

Cada una de los/as convocados/as al taller “La desigualdad y la justicia social en Chile” tiene a su haber, sin duda, diferentes experiencias, conocimientos y biografías. Así, aunque suene a verdad de perogrullo, partimos de la base que todas las personas asistentes saben, conocen y/o han entablado conversaciones informales –en sus trabajos, territorios, comunidades, con sus familias, en sus vecindarios, etc.– acerca de las desigualdades y la justicia social en Chile. Resultó, entonces, de interés de este taller rescatar dichas experiencias y saberes cotidianos para entablar una conversación que nos ayude a gestar un “sentido común” respecto de lo que es la justicia social y cómo esta se relaciona con las desigualdades vividas en Chile.

Es probable, además, que hayamos tenido la oportunidad de informarnos por redes sociales y medios de comunicación en general, respecto de encuestas a nivel nacional levantadas por diferentes sectores de la sociedad civil, intentando diagnosticar lo que ha pasado las últimas semanas. Por dichos motivos, en el contexto del taller y como provocación inicial, se presentaron algunos datos vinculados a sondeos y encuestas que han buscado saber qué sucede: ¿qué ha generado estas movilizaciones?, ¿por qué propiciamos hoy este llamado “Despertar de Chile”? Entre dichos sondeos, se encuentra una encuesta de *Activa Research 2019*, un *Plebiscito Ciudadano 2019* y un *Termómetro Social 2019*. Al revisar dichos reportes, observamos en repetidas ocasiones, que se nombra o aparece tematizada la desigualdad social en Chile y se apela a la justicia social. Por ejemplo, en el marco de la *Encuesta Activa Research 2019*, un 78% de las personas consultadas manifiestan que, para superar la crisis, se deben escuchar las demandas ciudadanas; y un 56,1% expresa que, para ello, se deben reconocer los problemas de desigualdad social. Es decir, más de la mitad de las personas encuestadas manifiestan que la superación de la actual crisis social pasa por reconocer que existen problemas de desigualdad.

¹⁷ Académica de la Escuela de Sociología e investigadora del Centro de Estudios Urbano-Territoriales, Universidad Católica del Maule.

¹⁸ Académico del Departamento de Filosofía, Universidad Católica del Maule.

Por otro lado, en el contexto de la misma encuesta, al consultar sobre “las **principales motivaciones** que han generado estas **manifestaciones y protestas**, el 87,1% considera que se relaciona con los sueldos de los trabajadores, le siguen los precios de los servicios básicos (86,3% luz, agua, gas), las pensiones de los jubilados (85,7%), **la desigualdad económica entre los chilenos (85,2%)**, el costo de la salud en el país (79,0%) y el costo del transporte público (76,0%).” Como se observa, parecen ser diversas las motivaciones que se reconocen en las manifestaciones y protestas iniciadas el 18 de octubre del 2019. Entre ellas, toman relevancia la desigualdad económica en el país, los bajos salarios y el alto costos de bienes y servicios básicos.

Otra iniciativa de sondeo respecto a las actuales movilizaciones sociales fue el llamado *Plebiscito Ciudadano 2019*. En este contexto, se consulta a las personas entrevistadas si creen que debiera haber medidas de reparación por los últimos 30 años de injusticias sociales. Aquí la misma pregunta plantea la existencia de injusticias sociales, ante lo cual el 91,1%, de las personas consultadas consideran que debiese haber medidas de reparación, asumiendo con ello los 30 años de injusticia social en el país.

Finalmente, rescatamos la iniciativa *Encuesta Termómetro Social 2019*, desarrollada por el Núcleo Milenio en Desarrollo Social (DESOC) y el Centro de Microdatos de la Universidad de Chile, en colaboración con el Centro de Estudios del Conflicto y Cohesión Social (COES). En el marco de la mencionada encuesta se plantearon dos preguntas abiertas. La primera sobre las **palabras y los conceptos claves** para definir el actual **movimiento social detonado en Chile**, donde se observa que las personas respondieron, mayoritariamente, a partir de los conceptos “**Desigualdad**” y “**Justicia**” (Ver Figura N°1)

Figura N°1: Conceptos que definen el actual movimiento social



Fuente: Encuesta Termómetro Social, octubre 2019. Estimaciones propias.

La segunda pregunta abierta consultó sobre las **palabras y los conceptos claves** para definir las **demandas del movimiento social**, donde las palabras **“Desigualdad”, “Justicia”, “Necesarias”, “Derechos”** y **“Dignidad”** se reconocen como las más mencionadas (Ver Figura N°2).

Figura N°2: Conceptos que definen las demandas del movimiento social



Fuente: Encuesta Termómetro Social, octubre 2019. Estimaciones propias.

En el contexto del taller, esta breve exposición cumple el rol de provocación inicial para detonar el diálogo. A partir de aquí, se observa cómo las desigualdades sociales y la justicia social han sido, sobre todo en el último tiempo, tópicos que comienzan a tematizarse con mayor fuerza entre la ciudadanía y que sugieren aspectos relevantes sobre los cuales debatir. Con ello, se buscó abrir un espacio de expresión abierta en torno a los significados que tenían, para los/las convocados al taller, las desigualdades y la justicia social en Chile. Para acompañar este proceso, se presentaron algunas imágenes (que se adjuntan a lo largo de este escrito) y algunos conceptos que eventualmente podrían apoyar el diálogo (Cuadro N°1).

Cuadro N°1: Palabras de apoyo al diálogo

Derechos humanos	Imparcialidad	Poder	Inclusión	Equidad
Igualdad	Arbitrariedad	Participación	Mérito	Respeto
Diferencia	(Re)distribución	Responsabilidades	Género	Equidad
Solidaridad	Caridad	Desigualdad	Pueblos originarios	Normas
Exigibilidad	Procedimientos	Exclusión	Reparación	Dignidad
Personas	Sociedad	Instituciones	(In)acción	Garantías

La intención fue que las/os asistentes seleccionaran voluntariamente uno o más conceptos y manifestaran por qué tendría o no relación con la justicia social. Además, quienes lo estimaron conveniente tuvieron la posibilidad de proponer otros conceptos. De esta manera, se plantearon y desarrollaron ideas vinculadas a los siguientes tópicos: i) Territorio y Recursos Naturales; ii) Participación; iii) Derechos y deberes; iv) Justicia; v) Desigualdad; vi) Igualdad; vii) Reconocimiento; viii) Normatividad; ix) Des-humanización del Estado; x) Mérito; y xi) Empatía, Derechos Humanos y Unidad. Dichos tópicos se tratan a continuación.

Territorio y Recursos Naturales

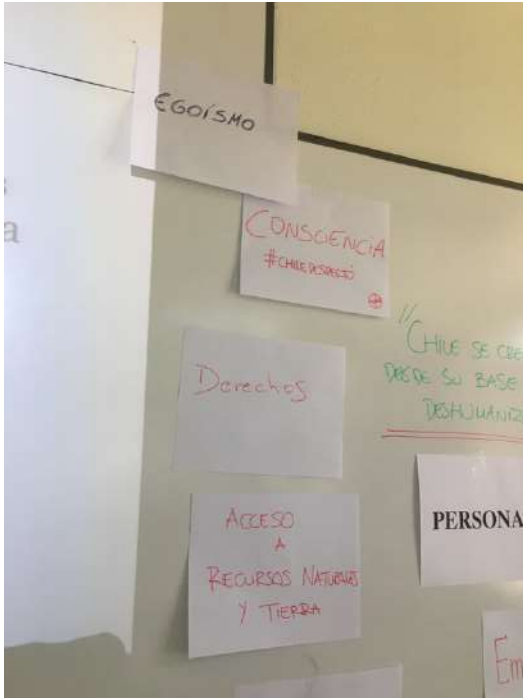
Una de las primeras ideas considerada por las personas asistentes al taller estuvo relacionada con los "Recursos naturales" y el "Territorio". Así, se manifestó la importancia de considerar la venta de recursos naturales a entidades privadas por parte de la clase política (quienes "venden el país"), como una práctica sistemática desde "el retorno a la democracia" –poniendo el ejemplo de la privatización de aguas— y frente a lo cual la ciudadanía "no ha hecho nada", dado un sistemático "lavado de cerebro" a partir del consumo ("el consumismo"). Desde de esta inquietud, y como manera de sintetizar lo planteado, se proponen las palabras "**Territorio**" y "**Recursos naturales**" que no estaban entre los conceptos propuestos en un principio por los facilitadores del taller.

Participación

Por otro lado, un asistente enfatizó la importancia a la palabra "**Participación**", manifestando que es fundamental participar, como pueblo y como vecinas/os. En este sentido, propone que es relevante ponerse de acuerdo respecto de cómo estamos y, desde ahí, promover espacios de participación, donde también nos comprometamos "a manifestar lo que pensamos frente a todo lo que pasa en el país". Se reconoce que estamos frente a diversos problemas –cambio climático, la venta de recursos naturales, entre otros— "¿y qué hacemos?, participar, no hay otra opción". La unión y la participación se perfilan como estrategias de cambio social. Para finalizar, la persona que tematizó la importancia de la participación interpela a la audiencia "¿qué vamos a hacer [, por ejemplo,] cuando no tengamos agua?".

Derechos y deberes

Otra de las palabras propuestas por una de las asistentes fue la de "derechos", pero sin olvidar que los derechos tienen como contraparte los "deberes". Se considera importante la garantía de derechos fundamentales (p.ej. el derecho a vivir en paz) y también que cada una/o de nosotras/os se haga cargo de resguardar estos derechos para con las/os otras/os ("deberes"). Se mencionó, a su vez, el deber de participar y el derecho a participar con influencia (participación de carácter vinculante). Desde esa perspectiva, para algunas/os participantes, todos y todas tenemos cuotas de responsabilidad como sociedad civil, como sociedad en su conjunto, porque no hemos asumido la participación activa en los estrechos márgenes que nos da la autoridad. Así, sería importante preguntarse: ¿qué hago desde el espacio en que estoy? ¿cómo me involucro? ¿cómo me auto- formo?



Imágenes tomadas en el transcurso del Taller
"La desigualdad y la justicia social en Chile"

En ese sentido, como sociedad civil tendríamos grandes responsabilidades respecto de lo que pasa hoy. Así, la participante levanta como desafío pensar formas concretas de participación y hacer uso de ellas. También, agrega, cabría "hacer un mea culpa" desde los diferentes espacios en los que participamos y de cómo excluimos a otras personas. "No nos hemos educado en la participación", por lo tanto, "hay que llenar ese vacío". En ese sentido, los jóvenes son reconocidos como impulsores de un cambio; como quienes han intentado resolver esta deuda con la participación. De este modo, las/os asistentes parecen coincidir que esta es una oportunidad y habría que sumarse a eso.

Justicia

Prosiguiendo con el diálogo, se recurrió el concepto "justicia", haciendo referencia a la deficiencia en la ejecución política de la constitución actual y que propicia una sociedad desigual. Entre las personas asistentes, se entiende que como ciudadanía se nos reconocen ciertos derechos, pero que éstos son vulnerados por la constitución política ("derechos humanos"). Se reconoce que como sociedad civil hay que tomar un rol participativo en pro de la colectividad. Algunas dirigentas hacen la reflexión sobre su rol, manifestando que "muchos de los que hemos conformados grupos desde la sociedad civil nos hemos transformado en el 'yo-yo'. Esto se ve desde el parlamento hacia abajo. Como ciudadanos debemos hacernos responsables de esto, es la base para construir lo que queremos (...)".

En esta línea, otras personas manifestaron que es importante romper la barrera simbólica del legado de la dictadura cívico-militar, puesto que el acceso al conocimiento en la actualidad no es tan limitado como en el periodo de dictadura y, por tal, se debiese buscar esa información, ese conocimiento, a través de diferentes fuentes. En este sentido, se reconoce y agradece la inquietud y el ímpetu de las

nuevas generaciones que han “sacado la voz a la calle”. Lo que sucede es considerada una gran oportunidad de cambio para el sistema actual, en sentido holístico.



“La desigualdad social es más violenta”
Fuente: Clara (Flickr.com)
<https://n9.cl/n3v2>

Desigualdad

Posteriormente se da paso al diálogo en torno al concepto de “Desigualdad”. Desde la postura de una de las participantes, todos los seres humanos son iguales en dignidad y derechos. No obstante, “el acceso a recursos, bienes y servicios parece utopía... un sueño”, dado que muchas veces estamos predeterminados por los contextos familiares. Así, se plantea que una solución a este problema estructural –como la define la participante—, es tratar que el acceso a bienes y servicios sea igualitario. Esto, pues se reconoce que para que haya soberanía ciudadana se deben garantizar ciertos derechos económicos y sociales. En este punto, en esta distribución desigual o no garantía de derechos, es donde se agrediría a la ciudadanía.

Para las/os presentes, la desigualdad pasaría por varios ámbitos, tales como: la “Naturaleza Política”, el “Derecho Soberano”, la “Estructura Económica”, un “Orden Ético de Convivencia Social”. Aquí se hace un llamado a volver al cimiento de la “Solidaridad”, la “Ética del bien común”. Se apela, por ejemplo, al Comercio Justo y a la re-organización del acceso a los recursos, lo que llevaría a una transformación de la estructura económica. En este punto, se retoman y proponen nuevos conceptos: “Descentralización”, “Orden estructural” y “Soberanía Popular”.

Igualdad

En torno a la discusión sobre “desigualdad”, se dio paso a la conceptualización de “igualdad”. Se opinó que existe un discurso que intenta “homogeneidad a la ciudadanía”, y es éste discurso el que la ciudadanía ya no cree. Así, habría un mal uso de la homogeneidad, ya que se invisibiliza la diversidad social como aspecto enriquecedor. Se omite, por ejemplo, la plurinacionalidad (la existencia y el reconocimiento hacia pueblos originarios) en la actual constitución. En este sentido, la igualdad ante la ley apela a tener acceso a ciertos derechos y deberes, a ciertos bienes y servicios, pero no a desestimar las diferencias sociales (étnicas o de género, entre otras). Se reconoce la importancia del derecho a la autonomía y la autodeterminación.

Los Medios de Comunicación

Consiguientemente, surgió el tema de los Medios Masivos de Comunicación y la Tecnología (MMC). Los asistentes consideran que el acceso a los MMC y a la tecnología “nos puso más bobos”. Los MMC son reconocidos como medios que distorsionan la información que recibe la ciudadanía y como una forma de dominación. Ante lo cual debiésemos forzar un cambio de paradigma que nos lleve a desconfiar de los MMC más tradicionales y promover canales alternativos (con información que discuta la representada como “oficial”). En este sentido, se reconoce que las nuevas generaciones parecen ser más críticas que las generaciones anteriores, pues realizan llamados masivos al no consumo de los MMC y a la educación cívica por otros canales.

Normatividad

Respecto al concepto de “Normatividad”, otro de los participantes manifestó: “estamos acostumbrados a que la norma dicte, a que la norma mande, y se nos olvida que es una ficción proveniente de otra ficción llamada Estado”. En esta línea, se apela a cuestionar la norma estructural del Estado y no simplemente someterse a ella. De este modo, lo que se detona a partir del “Estallido Social” es una resistencia y un cuestionamiento a aquel sometimiento a la norma. Todo lo cual parece conducirnos a un nuevo proceso y período histórico: “Chile Despertó”.

Des-humanización desde el Estado

Vinculado a lo anterior, una participante habló sobre los modos en que la institucionalidad del Estado suele deshumanizarnos, a partir de un sueldo mínimo deficiente; la baja calidad de la educación que promueve; la sistemática violación a los derechos humanos en el contexto de la revuelta social; las injusticias sociales que vivimos cotidianamente; la verticalidad del poder del Estado en la toma de decisiones; la precariedad en el acceso al mundo laboral; la mala calidad de salud pública, entre otros aspectos. Todo ello, redundaría en que “las personas son convertidas en números”, trato que estaría respaldado por una “mala constitución” o una constitución deficiente. En este contexto, la discusión en curso hace un llamado a la defensa de la colectividad y la integridad humana.

Otro participante sintetiza lo anterior en la siguiente frase: “Chile está siempre en una constante transición”, ante lo cual propone dos palabras claves a la discusión: “necesidad” y “posibilidad”. De acuerdo a lo planteado, la relación entre ambas ideas estaría rota. No siempre donde hay “necesidad” existe la “posibilidad”, no se evidencia el compromiso de un Estado atento a las necesidades de la ciudadanía. Y esto es lo que “pide, grita y clama la gente”, demanda que el Estado cumpla su rol de cohesión social. “La integración no existe, solo hay horror”, sentenció el participante.



Fuente: Fundación SOL

<http://www.fundacionsol.cl/wp-content/uploads/2017/07/desigualdad-chile.jpg>

Mérito

Una de las asistentes se interesa por el concepto “Mérito” y cómo éste se ha posicionado en la sociedad chilena. Para ello, lee una definición buscada en pocos minutos en la web. La lee, la comparte con el resto y comenta sus apreciaciones. Evoca también una anécdota personal. La mujer menciona que la trayectoria educacional del hijo/a de un trabajador/a asalariado/a ha cambiado con el tiempo, puesto que antes el acceso a la educación solía ser complicadísimo. Ahora se acepta el mérito de estudiantes con buenas calificaciones, se otorgan becas. Sin embargo, existe un constante círculo vicioso que entiende que hay que esforzarse y luego de eso se recibiría un “premio”.



Imágenes tomadas en el transcurso del Taller
“La desigualdad y la justicia social en Chile”

obstante, en su opinión, el mérito y el esfuerzo no acaban en el “premio” prometido para las personas de bajos recursos. Estos “premios” solo estarían garantizados para la élite. El “premio” para el pueblo –con el que ella se identifica– no existe, solo existe el sacrificio, la segregación social y la eterna promesa de un “premio” que parece nunca

llegar. Esto nos invita a re-pensar la educación (y otros ámbitos sociales) fuera de las lógicas meritocráticas. Aquella educación que nos dice, una y otra vez, que si nos esforzamos –incluso si nos sacrificamos– alcanzaremos “un mejor pasar”, tendremos nuestro “premio”. En este contexto, surgen las reflexiones en torno a la construcción de nuevos conocimientos y saberes, críticos, colegiados, desde la sociedad civil, la academia, las/os estudiantes. Al ritmo de estas reflexiones, se nos invita a dejar de lado la instrumentalización de la educación y volver a la solidaridad orgánica, no tan sólo mecánica, como puntualiza otra de las participantes.

Empatía, Derechos Humanos y Unidad

Finalizando el taller, la conversación ahondó en conceptos vinculados a la “empatía”, los “derechos humanos” y la “unidad”, donde intervinieron diferentes participantes. Entre ellos, se presentó la idea de “Cohesión ciudadana”, que refleje una preocupación por la otredad, por el otro, y nos invite a romper el paradigma individualista. Entender que somos “un todo”, que “el pueblo se está volviendo uno”, lo que adquiere relevancia para el ejercicio de la “Soberanía popular”.

Las personas, en este contexto, ya no demandan sólo subsidiaridad desde el Estado, sino ser parte de las decisiones públicas. Esto implica la recuperación y re-apropiación del estatus ciudadano, lo que alude a un “empoderamiento ciudadano”. La ciudadanía, entonces, es fundamental para complementar a los tres poderes (Ejecutivo, Judicial y Legislativo) para proyectar una nueva constitución política.



Viñeta Manel Fontdevila

Fuente: <http://miradescritiques.blogspot.com/2012/11/una-nueva-sanidad-vineta-manel.html>

En este contexto, se comprende que, como en Chile, en Latinoamérica existen problemas similares: oligarquías, sequías, dificultades en el acceso a los recursos que se asumen comunes, entre otros. En esta línea, no sólo en Chile sino también en Latinoamérica nos encontraríamos ante

una oportunidad histórica para construir nuevas relaciones y una nueva integridad social. Esto pasaría por una educación de calidad, ya no pensada como un bien de consumo o de acceso para unos pocos, sino que tenga como horizonte el desarrollo humano de toda la sociedad.

Luego de este segundo momento del taller, donde cada asistente tuvo la oportunidad de elegir un concepto o idea y vincularla a temas de (des)igualdad e (in)justicia social, se formaron cinco grupos de trabajos para conversar en torno a las siguientes preguntas: i) De acuerdo a los temas trabajados,

¿qué problemas detectamos en la sociedad chilena? y/o ¿en nuestra realidad personal, vecinal o local?; y ii) ¿Cuál es el piso mínimo aceptable que la sociedad debe darse en cada tema tratado?

En este tercer momento, las/os participantes pudieron ahondar en los tópicos abordados anteriormente. Aunque el tiempo se hizo escaso ante las amplias ganas de debatir sobre lo que estaba pasando en Chile y lo que nos pasaba (y nos pasa) internamente con ello. De hecho, no tuvimos tiempo de retomar las conversaciones desarrolladas en los pequeños grupos, como estaba planificado, en una plenaria posterior. De todos modos, el espacio que creamos entre todas/os contribuyó a catalizar algunas de las inquietudes que teníamos a casi un mes de detonarse el “Estallido social”. Las ganas de compartir impresiones e inquietudes se observaron en las conversaciones de pasillos y en los diálogos posteriores a la finalización del taller. Es llamativo que haya surgido la idea de continuar esta modalidad de debates a nivel local e, idealmente, mantener estas conversaciones en el tiempo. Creo que ese día muchas/os de nosotras/os nos fuimos con la sensación de que algo grande podría resultar de todos esto. Hoy, a casi seis meses de detonada la revuelta social, y en medio de una alerta sanitaria nacional por COVID-19, esperamos que el ímpetu y la voluntad por debatir y construir algo nuevo no se vean menoscabados.

Economía y desigualdad

María Haydée Fonseca-Mairena¹⁹

El 8 de octubre 2019 en el programa matinal *Mucho Gusto*, el presidente Sebastián Piñera expresaba que "en medio de esta América Latina convulsionada veamos a Chile, nuestro país, es un verdadero oasis con una democracia estable, el país está *creciendo*". Diez días después ocurre el popularmente llamado "estallido social", siendo una de las principales banderas de lucha *la desigualdad social*.

En el contexto actual, se han generado numerosos espacios ciudadanos de diálogo donde los vínculos entre economía y desigualdad suelen surgir. Así, reflexiones como: *¿podríamos seguir creciendo económicamente bajo un modelo más igualitario? o, por el contrario, ¿nos volveríamos todos igualmente pobres!*, suelen ser habituales. En este sentido, en el *Foro Ciudadano: aprendizajes y debates para un nuevo pacto social*, decidimos realizar el taller "Economía y Desigualdad", para sumarnos a la reflexión y contribuir al debate público sobre el tema. El taller contó con la participación de más de 25 personas de distintas edades y ocupación, permitiendo un enriquecedor debate ciudadano, siendo el presente ensayo un reflejo de aquello.

Crecimiento y Desigualdad

Desde 1975 el modelo económico implantado en Chile se basa –aunque implícitamente– en la premisa de que, para lograr un rápido crecimiento económico, es necesario permitir la concentración del capital²⁰. La idea es que esos pocos que concentran el capital puedan realizar grandes inversiones –no solo físicas, sino también en investigación y tecnología- y garantizar así mayor productividad y

¹⁹ Académica de la Escuela de Ingeniería Comercial, Universidad Católica del Maule.

²⁰ Existe una serie de artículos que tratan sobre la relación entre crecimiento económico y distribución de ingresos, entre los clásicos destacan Kuznets (1955), Fields (1979 y 1980), Fields y Fei (1988) y Letelier (1995). Algunos de los estudios para Chile son Marcel y Solimano (1994), Cowan y De Gregorio (1996), Contreras (1996), Beyer (1997), Contreras y Ruiz-Tagle (1997), Ruiz-Tagle (1999), Chumacero y Paredes (2000 y 2005), Solimano y Torche (2008), Sanhueza, Claudia y Mayer (2011), Castillo (2011 y 2012), Castillo, Miranda y Carrasco (2012), Contreras y Ffrench-Davis (2012), Olavarría-Gambi (2012). Más recientemente podemos mencionar Urzúa (2018), Araya (2019), Aguilar (2019) y Llano y Yaguara (2019).

la generación de empleos. Este es el famoso esquema de derrame con la torre de copas; en donde, las copas de arriba son las primeras en llenarse y, eventualmente, llegará el vino a las copas de la base. Por tanto, este paradigma sugiere una disyuntiva entre *crecimiento* e *igualdad*, lo que explicaría el alto nivel de desigualdad, como el observado en Chile, acompañado de un pujante crecimiento económico.

Sin embargo, distintos economistas e instituciones están proponiendo un cambio de paradigma, demostrando que el *crecimiento* y la *igualdad* son posibles, más aún, ¡con mayor igualdad podríamos crecer más! En el taller “Economía y Desigualdad” aprendimos y reflexionamos sobre dicho cambio de paradigma, basados principalmente en el estudio titulado “La ineficiencia de la desigualdad”, realizado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en 2018. Contrastamos algunas cifras y desde nuestras vivencias y saberes reflexionamos sobre la viabilidad de implementar dicho cambio de paradigma en la economía chilena.

Utilizando datos del Banco Mundial, observamos que, desde la vuelta a la democracia en 1990, Chile presenta una tasa promedio de crecimiento anual del Producto Interno Bruto (PIB) per cápita de un 6,5%, muy por encima del 3,7% exhibido por los países que conforman la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE)²¹ y el 3,8% de los países de América Latina y el Caribe. Asimismo, la tasa de desempleo e inflación se han mantenido en niveles históricamente bajos (8,2% y 3,8% promedio anual 1995-2018, respectivamente).²² Sin embargo, dicha estabilidad económica ha estado sostenida, en gran parte, sobre una importante vulnerabilidad social: la desigualdad. Cabe destacar que, según datos del Banco Mundial, desde 1990 hasta 2017, el coeficiente de Gini²³ bajó de 0,57 a 0,46. Es decir, según los indicadores, a la par de la bonanza económica la desigualdad de ingreso ha disminuido. Sin embargo, en el debate público sigue presente, con cada vez mayor fuerza, el tema de la desigualdad ¿Existe contradicción entre estos dos hechos?

La respuesta es no. Para una mayor explicación, identificamos al menos cuatro hechos relevantes a considerar.

²¹ La OCDE es un organismo internacional compuesto por Estados (37 en la actualidad), caracterizados por sus altos niveles de ingresos, cuyo objetivo es coordinar políticas económicas y sociales, muchas de las cuales luego se convierten en “modelos” para los otros países.

²² Estimaciones propias en base a Database, Indicadores del desarrollo mundial.

²³ El *coeficiente de Gini* es un número entre 0 (perfecta igualdad; todos tienen lo mismo) y 1 (perfecta desigualdad; una persona se queda con todo). El *índice de Gini* es coeficiente de Gini multiplicado por 100.

1. A pesar de la disminución observada, la desigualdad en Chile continúa en niveles muy elevados. Chile exhibe la mayor desigualdad en términos de ingresos entre los países de la OCDE. De hecho, según el coeficiente de Gini, Chile ocupa el puesto 14 de los países con mayor desigualdad en el mundo (OCDE 2018).
2. Las estimaciones del coeficiente Gini suelen subestimar los niveles reales de desigualdad. Esto debido a que dicho indicador suele estar basado en las Encuestas de Medición del Nivel de Vida, las cuales no son representativas del 10% más rico de la población (Flores, Sanhueza, Atria y Mayer 2019). De hecho, con base a estimaciones realizadas en Flores, Sanhueza, Atria y Mayer (2019), se señala que la elite chilena es la que durante más tiempo y con más éxito ha logrado apropiarse de la riqueza de su país, entre las elites de la OCDE y de Latinoamérica.
3. Lo que la gente percibe como desigualdad, no se limita a temas de ingreso, aunque aun limitándose a estos temas, los resultados de la encuesta realizada por Latinobarómetro 2015 evidencia que Chile es el país donde los habitantes perciben la distribución del ingreso más injusta en Latinoamérica.
4. La desigualdad en la distribución de la riqueza es un problema mayor que la desigualdad en el ingreso. De hecho, al calcular el Gini respecto a la distribución de la riqueza, obtenemos un indicador de 0,72, mucho mayor al 0,46 de distribución del ingreso (CEPAL 2019). Asimismo, según datos de Encuesta Financiera de Hogares de Chile en 2017, mientras que el 50% de los hogares menos favorecidos tiene el 2,1% de la riqueza neta del país, el 10% más rico concentra el 66,5% y el 1% más rico el 26,5%.

El crecimiento con desigualdad de la economía chilena ha sido un fenómeno advertido por múltiples especialistas nacionales e internacionales. Por ejemplo, en el Informe de Estudios Económicos de la OCDE 2018 se recomienda "Conseguir un crecimiento más inclusivo a través de medidas sociales y del mercado de trabajo". La CEPAL en su informe sobre el Panorama Social de América Latina (2019) advierte:

La cultura del privilegio y el actual estilo de desarrollo aumentan las diferencias entre los centros y las periferias territoriales y sociales, a la vez que generan un grado insostenible de

polarización de los ingresos y la riqueza, que aumenta el poder de los grupos más privilegiados para establecer y mantener reglas de juego que los favorecen.

(La ineficiencia de la desigualdad, CEPAL, 2018: 59)

Al parecer, como en todo oasis, *solo los animales cercanos pueden disfrutar de sus aguas y vegetación, para el resto queda el desierto.*

Síntesis de la discusión y conclusiones del taller

El taller desarrollado en el Foro Ciudadano se inició con una presentación sobre datos relacionados a la desigualdad, la distribución del ingreso y la distribución de la riqueza. Dicha presentación sirvió como motivación y dio lugar a numerosas preguntas y reflexiones. Entre las cuales podemos destacar, en primer lugar, que los grandes avances en la disminución de la pobreza hay que leerlos con cuidado, pues se basan en líneas de ingreso muy bajas (a precios de mayo 2019, la línea de pobreza por persona equivalente tiene un valor de \$164.329 y la línea de pobreza extrema por persona equivalente tiene un valor de \$109.553).

Asimismo, por medio de los datos, identificamos que efectivamente existen importantes problemas de distribución del ingreso, pero los mayores problemas se identifican en la distribución de la riqueza —Gini vía ingreso de 0,47 versus Gini vía riqueza de 0,72 (CEPAL, 2018)—, lo cual da cuenta de un problema estructural, cuya solución pasa por cambios en el modelo económico y no solo por reformas coyunturales.

De igual forma, se comentó que es necesario la evaluación respecto a la viabilidad económica de generar intervenciones públicas en el mercado, no solo como ente regulador, sino también como garante de derechos. En esta línea se identifica como tema sensible El Agua, por su característica como elemento esencial para la vida y por la particular legislación al respecto en Chile, normada a través del Código de Aguas, mediante el cual se establece el derecho de aprovechamiento privado de dicho bien.

Además, se identifica como un elemento clave que toda propuesta pública debería considerar el aumento en el impuesto pagado por el sector más rico del país. Esto en relación a tres elementos: (1) las tasas de impuesto a dicho sector deberían ser equiparables a la que pagan en otros países,

sobre todo los países que componen la OCDE, lo cual podría implicar la creación de nuevos impuestos; (2) se debe garantizar fiscalización más efectiva para evitar la evasión de impuestos de este sector; y (3) es menester mejorar las normativas con actuales deficiencias que podrían estar permitiendo la elusión de impuestos por parte del sector más adinerado del país. Esta propuesta va en la línea de lo planteado recientemente por la Directora gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), Kristalina Georgieva,

Para abordar la desigualdad es necesario replantear el problema. Antes que nada, en lo que se refiere a políticas fiscales y tributación progresiva.

La progresividad de los impuestos es un aspecto fundamental de una política fiscal eficaz. Nuestras investigaciones muestran que en el segmento superior de la distribución del ingreso es posible elevar las tasas marginales de impuesto sin sacrificar el crecimiento económico.²⁴

Luego de presentar algunos datos sobre el panorama a nivel nacional y en el contexto regional latinoamericano, la discusión del taller se mantuvo en torno a la siguiente pregunta central y sub-preguntas:²⁵

¿Es posible implementar un nuevo paradigma de crecimiento económico en Chile?

1. ¿Cuál es el piso mínimo aceptable que la sociedad debe darse respecto a Economía e Igualdad?
2. ¿Qué obstáculos detectamos en la sociedad chilena y/o en nuestra realidad personal, vecinal o local que impiden esos mínimos?
3. ¿Cómo podemos abordar estos obstáculos?

Se inició la conversación destacándose que todo análisis hacia la construcción de propuestas de cambio social debe partir desde el *reconocimiento*. Cada persona merece reconocimiento y valoración de su trabajo, pues, para la convivencia en sociedad, todas las ocupaciones son importantes. Lamentablemente, en la sociedad mercantilizada en que vivimos, se tiende a valorizar

²⁴ Rescatado de <https://blog-dialogoafondo.imf.org/?p=12536>

²⁵ Al respecto, en este ítem compartiré algunas reflexiones realizadas por los/las participantes entorno a las preguntas planteadas. Siendo en esencia sus propias ideas y planteamientos, no necesariamente compartidos por quien escribe el presente ensayo, ni por todos/as los/las participantes.

el trabajo según las demandas del mercado formal y ámbitos como el arte o el trabajo de cuidado doméstico son subestimados o invisibilizados.

Se planteó que un piso aceptable podría ser el hacer respetar lo que dice la actual Constitución de la República de Chile, sobre todo en temas referidos al derecho a la Educación, la Salud y la Vivienda. Asimismo, se tematiza la necesidad de fomentar el cambio de norma cuando corresponda y hacer que se cumpla para todos y todas por igual, sin tratamientos especiales hacia quienes ostentan el poder político y/o económico. En este sentido, es fundamental el fortalecimiento institucional. Si alguien comete un acto de corrupción, por ejemplo, debe recibir penas acordes con el daño causado. Hoy día vemos sentencias que establecen retribuciones económicas muy inferiores al costo social causado y/o retribuciones en prácticas que sabemos son poco efectivas, como el recibir una “charla sobre ética”.²⁶ En esta línea, se destaca que uno de los principales problemas es que la transparencia está fallando y socava la confianza.

En términos más generales, la base debe ser el garantizar que todos y todas tengan al menos lo necesario. Por ejemplo, no es posible que hayan pensiones debajo de la línea de la pobreza ni que el salario mínimo no alcance para los gastos mensuales básicos. Además, deberíamos hablar de “equidad económica” en lugar de “igualdad económica”, pues se requiere un sistema que reconozca y atienda las diferencias en necesidades y demandas, un sistema que permita el buen vivir.

Es necesario que el modelo económico que proponemos permita financiar los sectores estratégicos. Además, hay que tener cuidado en no generalizar los indicadores. Por ejemplo, se habla de ingreso familiar, pero las familias, sus características, cantidad de integrantes y realidades, son muy heterogéneas.

Asimismo, la propuesta de modelo económico debiese estar vinculada con una propuesta de modelo político. Analizar lo económico obviando lo político sería un error, pues las mayores dificultades actuales para avanzar en lógicas más igualitarias están evidenciando deficiencias en el actual modelo político, que se basa bastante en voluntades de una élite política no representativa de la realidad social de la mayoría de la población. Respecto al ámbito político, es importante reflexionar en torno

²⁶ Uno de los casos más emblemáticos se dio a conocer en julio de 2018 en la sentencia contra los controladores del grupo Penta, Carlos Alberto Délano y Carlos Eugenio Lavín, acusados por graves casos de corrupción. En la sentencia se señaló que “para que los condenados puedan sustituir su pena de cárcel por libertad vigilada deberán, entre otras condiciones, asistir a clases de ética empresarial”. Para mayores detalles, ver: <https://www.latercera.com/politica/noticia/duenos-penta-deberan-asistir-clases-etica/237259/>.

a ¿quiénes están en el poder?, ¿por qué están en el poder?, ¿a quiénes representan? y ¿qué pueden hacer desde dónde están?

También nos preguntamos ¿por qué seguimos hablando de mínimos? Focalizar ahí la discusión hace que nos conformemos y que perpetuemos el modelo actual de desigualdad. Los mínimos serán resueltos cuando se cambie de modelo, y lograremos más que eso. El foco de la discusión debe estar en torno a qué consideramos justo.

Para finalizar, entre los participantes surge una reflexión que llama al compromiso social, destacando que desde el “estallido” estamos viviendo un momento histórico en el cual tenemos la oportunidad de hacer propuestas de un nuevo modelo económico, *desde* Chile y *para* Chile, que se base en nuestra realidad social y nuestra historia. Lo cual representa un llamado al compromiso social de cada persona para que desde nuestras capacidades aportemos cada uno/una con el proceso de cambio social.

Como cierre vale la pena también dejar abierta una reflexión en torno a la “necesidad” de crecer económicamente, tomando en cuenta los límites biofísicos del planeta y el impacto individual subjetivo que genera al ser humano el estar inmerso en un sistema que le invita a crecer infinitamente sin encontrar nunca la saciedad y plenitud. Quizá sea posible construir un sistema en donde el centro sea el ser humano, queda el desafío planteado.

Bibliografía

- Aguilar, J. (2019). Crecimiento Económico y Desigualdad en la Distribución de la Renta. Un análisis para América Latina. *Revista Ciencia y Tecnología*, 15(2), 73-83.
- Araya, J. Q. (2019). El caso chileno: crecimiento versus desigualdad. *Pensis*, 14(1), 14-17.
- Beyer, H. (1997). Distribución del Ingreso: Antecedentes para la Discusión. *Estudios Públicos, Centro de Estudios Públicos*, 65.
- Castillo, J. C. (2011). *The legitimacy of economic inequality: An empirical approach to the case of Chile*. Boca Raton: Universal-Publishers.
- Castillo, J. C. (2012). Is inequality becoming just? Changes in public opinion about economic distribution in Chile. *Bulletin of Latin American Research* 31.1, 1-18.
- Castillo, J.C., Miranda, D., y Carrasco, D. (2012). Percepción de desigualdad económica en Chile: medición, diferencias y determinantes. *Psykhé* (Santiago) 21.1, 99-114.
- Chumacero, R., y Paredes, R. (2005). Characterizing income distribution for poverty and inequality analysis. *Estudios de Economía* (32)1, 97-117.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2018). La ineficiencia de la desigualdad. Síntesis (LC/SES.37/4), Santiago.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2019). Panorama Social de América Latina 2019 (LC/PUB.2019/22-P/Rev.1).
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2018). Panorama Social de América Latina 2018 (LC/PUB.2019/3-P).
- Contreras, D. (1996). Pobreza y desigualdad en Chile: 1987-1992. Discurso, metodología y evidencia empírica, *Estudios Públicos*, 64.
- Contreras, D. (1996). Poverty Inequality and Welfare in Chile: 1987-1992, *Departamento de Economía Universidad de California*, Los Angeles.
- Contreras, D. y Ruiz-Tagle J. (1997) ¿Cómo Medir la Distribución de Ingresos en Chile?, *Estudios Públicos, Centro de Estudios Públicos*, N° 65.
- Contreras, D., & Ffrench-Davis, R. (2012). Policy regimes, inequality, poverty and growth. *UNU-Wider Working Paper*, (2012/04), 3.

- Cowan, Kevin y De Gregorio, José (1996). Distribución y Pobreza en Chile: ¿Estamos Mal? ¿Ha Habido Progresos? ¿Hemos Retrocedido? *Estudios Públicos*, Centro de Estudios Públicos, 64.
- Fields, G. and J. Fei (1988). Measuring Inequality Change in an Economy with Income Growth, *Journal of Development Economics*.
- Fields, G. S. (1979). A welfare economic approach to growth and distribution in the dual economy. *The Quarterly Journal of Economics*, 93(3), 325-353.
- Fields, G. S. (1980). *Poverty, inequality, and development*. CUP Archive.
- Fields, G. S. (1988). "Income distribution and economic growth", in Ranis y Schultz (Eds.), *The State of Development Economics*. Oxford: Basil Blackwell.
- Flores, I., Sanhueza, C., Atria, J., & Mayer, R. (2019). *Top Incomes in Chile: A Historical Perspective on Income Inequality, 1964–2017*. Review of Income and Wealth.
- *Kristalina Georgieva (enero 2020). "Reducir la desigualdad para generar oportunidades". Disponible en: <https://blog-dialogoafondo.imf.org/?p=12536>*
- Kuznets, S. (1955). Economic growth and income inequality. *The American economic review*, 45(1), 1-28.
- Latinobarómetro, C. (2015). *Informe Latinobarómetro 2015*. Santiago de Chile.
- Letelier, L. (1995) Income Distribution Versus Growth: Theory and Empirical Evidence, *Estudios de Economía*, 2 (22).
- Llano, M. C. C., & Yaguara, C. A. C. (2019). La desigualdad socioeconómica en Chile y Colombia: una aproximación a los factores de crecimiento y las oportunidades de mejora. *Punto de Vista*, 10(15).
- Marcel, M. y Solimano, A. (1994). The Distribution of Income and Economic Adjustment, in *The Chilean Economy: Policy Lessons and Challenger*. Chapter 5, Washington D.C.: The Brookings Institution.
- Olavarría-Gambi, M. (2012). Beyond income: Analysis of inequality in Chile from 1980 to 2000 decades. *Tékhne* (10)1, 39-53.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). (2018). *Estudios Económicos de la OCDE*, Chile.
- Ruiz-Tagle, J. (1999). "Chile: 40 años de desigualdad de ingresos". Disponible en: <http://new.econ.uchile.cl/uploads/publicacion/ded67906-7423-4499-ad56-fae67ecf144a.pdf>

- Sanhueza, C. y Mayer, R. (2011). Top Incomes in Chile using 50 years of household surveys: 1957-2007. *Estudios de Economía*. (38), 169.
- Sergio Urzúa (2018). *La batalla contra la desigualdad en Chile*. Serie Informe Social.
- Solimano, A. y Torche, A. (2008). La Distribución del Ingreso en Chile, 1987-2006: Análisis y Consideraciones de Política. *Documentos de Trabajo (Banco Central de Chile)* 480, 1.



Ciudadanía y religión

Benoit Mathot Flamand²⁷

Introducción

La asociación entre la ciudadanía y el registro religioso puede sorprender a muchas personas. En efecto, durante todo el periodo del “estadillo”, las demandas que manifiesta la ciudadanía chilena corresponden al ámbito social, político, económico, constitucional, pero ciertamente no religioso. De hecho, la religión es a menudo percibida como una esfera que más que favorecer una acción colectiva busca calmarla, invitando a las partes a la prudencia, al discernimiento, a la temperancia, al diálogo y, finalmente, a la reconciliación y a la paz.

Por otra parte, hay que reconocer que la situación particular de la Iglesia Católica chilena —desde el año 2018 y después de la revelación de diferentes casos de abusos sexuales, de poder y de conciencia— desacreditó a la institución eclesial ante un eventual protagonismo o inspiración para el cambio en curso. En este contexto y en el marco del estallido social, intentaremos considerar la dimensión religiosa, no reducida a una dimensión confesional, sino más bien hablaremos de espiritualidad o de religión en un sentido amplio.

Las preguntas que vamos a plantearnos serán, entre otras: ¿la crisis social que se está viviendo hoy día en Chile tendría raíces espirituales?; ¿cómo una mirada espiritual puede ser un aporte a los debates actuales?; en relación a su historia en Chile, ¿cómo evaluar la reacción de la Iglesia?; ¿qué rol podría jugar la Iglesia Católica (y en general las Iglesias) en esta crisis social?

²⁷ Director del Departamento de Teología y Director del Centro de Investigación en Religión y Sociedad (CIRS), Universidad Católica del Maule.

Provocación inicial

En el marco de las interrogantes anteriormente expresadas, se propone una reflexión que articula dos momentos: en un primero momento, intentaré una mirada general sobre la crisis que afronta el país; y, en segundo momento, articularé este diagnóstico con algunas claves de lectura teológicas con intención de abrir la puerta a un debate y a un diálogo entre los/as participantes del taller.

La dinámica neoliberal como fundamento de la crisis

Sobre lo que se está viviendo Chile en la actualidad, me parece que podemos afirmar que estamos viviendo una crisis profunda del neoliberalismo. Formular este diagnóstico no es ni novedoso ni audaz. Incluso puede parecer aburrido escucharlo una vez más. Sin embargo, voy a intentar desarrollar una mirada un poco distinta sobre este punto.

En efecto, según mi interpretación, lo que caracterizaría al neoliberalismo es la atractiva promesa de un goce ilimitado (el famoso "siempre más"); es decir, de un goce infinito, sin límites y, supuestamente, para todos. *¡Que nunca te falte nada!* Este parece ser el imaginario que se le asocia al neoliberalismo y a su modo de subjetivación. Lo anterior se traduce concretamente, por ejemplo, en las exigencias de felicidad, de bienestar, de performance, de salud, de eficiencia y de transparencia que conocemos en la actualidad. Son tantas las exigencias que se nos presentan como una especie de dogma indiscutible, que terminamos por cuestionar nuestra propia condición de seres finitos y vulnerables. Y, por supuesto, en este contexto, el libre mercado aparece como la instancia que organiza toda esta maquinaria de *expulsión del límite*.

Sin embargo, este imaginario olvida algo fundamental: el ser humano se funda sobre una dimensión de precariedad existencial, la que lo constituye como humano, y dicha precariedad es algo insuperable para cualquier tipo de "progreso", porque se enraíza en la *naturaleza hablante del sujeto*. En efecto, si el ser humano es constituido por esta precariedad, es porque el ser humano es, antes de todo, un ser que habla, que vive *en y por* el lenguaje. Hablar, en este contexto, consiste siempre en el hecho de *intentar* expresar algo, *acercarse* lo más posible a un objeto, pero a un objeto que siempre va a *escapar* a un dominio total del sujeto que intentará expresarlo. Y eso, a veces, puede ser muy frustrante para los sujetos. Dicho de otra manera, existe algo al interior de la realidad que intento expresar que no se deja encerrar en mis palabras que intentan expresar esta realidad. Por esto, hablar consiste siempre en el hecho de asumir este fracaso del dominio total sobre la realidad y, por lo mismo, también hablar nos recuerda nuestra finitud tanta ontológica como antropológica.

Podemos sentir, entonces, la contradicción que existe entre, por una parte, un sujeto hablante constituido por la finitud y la precariedad; y, por otra parte, el imaginario neoliberal que intenta precisamente expulsar esta misma finitud (o esta misma precariedad) de la cultura y de la vida de cada individuo. A través de este panorama podemos leer e interpretar la situación social y política actual, y más particularmente la *crisis de la democracia* que nos está afectando como sociedad. En efecto, ¿qué se pone en juego cuando nuestra sociedad desconfía de la democracia? Mi intuición es que la crisis de la democracia tiene que ver, fundamentalmente, con la naturaleza misma del proyecto neoliberal, que tiene precisamente como objetivo expulsar la dimensión de vulnerabilidad de la vida individual y social. La democracia también tiene que ver con la vulnerabilidad, porque vivir en un régimen democrático implica necesariamente *renunciar* al ejercicio de mi omnipotencia, como también promover un cierto *descentramiento* del sujeto. Forzosamente, esta exigencia de la democracia expone el sujeto a la alteridad de los demás y fragiliza su imaginario de dominio sobre la realidad y las relaciones que establece con otros.

Resumiendo, podemos afirmar que lo que promueve una sociedad neoliberal es una postura ideológica que considera como una enfermedad vergonzosa que la vida se base en la vulnerabilidad, en la fragilidad, o en una falta constitutiva e insuperable. En este contexto, todo lo que se presenta como una demanda de solidaridad, de justicia, de democracia —es decir, todo relato distinto al dominante— pone necesariamente en peligro los fundamentos del neoliberalismo y provoca su reacción represiva. Sin embargo, si creemos que la vulnerabilidad es constitutiva de nuestra humanidad, cabe constatar que la sociedad neoliberal presenta rasgos importantes de *deshumanización*.

Una mirada teológica

A partir de este panorama y de este diagnóstico, surge la siguiente pregunta: ¿qué se puede decir desde la teología (y en tanto cristianos y cristianas) a la reflexión sobre el estadillo social? Más que recordar la sensibilidad de la Iglesia, como tradicionalmente se hace, quizás se pueda más bien afirmar que, paradójicamente, en la tradición cristiana, la figura de Dios abre una brecha, suscita una distancia, provoca un desplazamiento en el corazón de la vida del sujeto creyente y, que esta situación, abre la posibilidad de un relato contra-hegemónico frente al discurso neoliberal.

Generalmente, vivimos asumiendo el imaginario respecto que Dios llena y colma los vacíos y puntos oscuros de nuestras existencias, dándoles un sentido que permite superar —lo que el teólogo Paul

Tillich llama— la *alienación existencial*. Sin embargo, frente a esta comprensión de la figura de Dios, que coincide extrañamente con nuestras expectativas humanas en relación a él, sostendremos que la subversión evangélica consiste precisamente en el hecho de promover un Dios que opera y actúa de otra manera, manteniendo abierta la huella de la carencia o de la vulnerabilidad en nuestra vida. Formulado de otra manera, podemos afirmar que Dios construye *en* la carencia o *en* la falta y, de ninguna manera, en contra de ella o anulándola mágicamente.

El Dios de los cristianos, en efecto, *desapega* al sujeto creyente de sus proyecciones imaginarias, de sus certezas, de sus saberes, de sus crispaciones, de sus adherencias, de sus obsesiones, es decir, lo protege de todo lo que vendría a encerrarlo o reducirlo en *algo*. Si profundizamos este escenario, vemos entonces que lo que permite la tradición cristiana es que se abra en el corazón de los sujetos un *espacio vacío*, de indeterminación, donde algo nuevo e inaudito puede surgir, o más bien *aflorar*, para permitir al sujeto entender y construir su propia vida, desde su propia vulnerabilidad, de una manera más solidaria y más humana.

Esta dinámica de *desapego* la encontramos manifiesta, por supuesto, en los Evangelios, especialmente en los encuentros de Jesús con los demás: su actuar, su manera de entrar en relación, su manera de escuchar y de hablar, como también su sensibilidad. Todas estas manifestaciones revelan el rostro de un Dios solidario que, en esta dinámica, abre en la vida un espacio para lo inédito y lo inaudito. Pero esta dinámica la encontramos también al inicio y al final de los escritos bíblicos: en Génesis, cuando Yahvé ofrece a Adán el goce de todos los árboles del Edén “menos uno”, estableciendo así un límite para que la vida humana sea buena; así también en el relato de la resurrección de Jesús en el Evangelio de Juan, cuando Jesús resucitado prohíbe a María Magdalena tocarlo o apropiárselo.

Para terminar, simplemente manifestar que, frente a la crisis social, cultural, política (y quizás espiritual) que vivimos en la actualidad, la tradición cristiana, desde su propia estructura de existencia y su propia dinámica, tiene sin duda los *recursos*²⁸ para proponer y encarnar un contra-discurso, mucho más humanizante, al discurso neoliberal, respondiendo así a una de las aspiraciones que se manifiestan hoy en día en el espacio social.

²⁸ Encontramos este proyecto de considerar el cristianismo como recurso, por ejemplo, en el libro del filósofo francés François Jullien, *Ressources du christianisme*, Paris, L'Herne, coll. Cave Canem, 2018.

Elementos de la discusión

Elementos generales previos a las tres preguntas

Durante la discusión que tuvimos después de esta provocación inicial, y antes de explorar las tres preguntas que se discutieron en cada uno de los diferentes talleres, una primera ronda de opiniones permitió expresar lo siguiente:

Primero, se expresó que el estadión social nos ha traído muchas preguntas existenciales (personales e inter-personales) sobre el sentido y la finalidad de la vida en la sociedad contemporánea. ¿Qué es lo importante en relación a lo que vivimos? ¿Por qué vivimos? ¿Al servicio de qué/quien estamos? ¿Qué discernimos a través del estadión social? ¿Cómo escucharlo en un país que *"no sabe hablar"*? Estas preguntas provienen del sacudimiento de los fundamentos de la sociedad neoliberal que postulan, por ejemplo, una concepción bastante instrumental y utilitarista de la vida, como de la relación con los demás.

Segundo, frente a esta situación de crisis, se consensua la afirmación según la cual estamos viviendo un momento de *kairos*²⁹ donde algo nuevo está surgiendo, una nueva posibilidad de sentido y de existencia, algo que no está definido ni determinado todavía. En este sentido, podemos decir que estamos viviendo un momento *"tremendamente espiritual"*, en el sentido de *"una fuerza que nos moviliza y nos mueve"*; es decir, un momento que tendría que ver con la manifestación de un *"nuevo Espíritu"*³⁰ (expresión utilizada por un participante en el marco de la discusión). Vivimos en efecto en una sociedad que está muy fragmentada, muy segregada, y donde la noción de *"Espíritu"* puede posiblemente jugar un papel central (como *"lo que re-une lo fragmentado"*).

Tercero, desde una perspectiva cristiana, se afirmó que el sistema neoliberal en el cual vivimos (*"vivir para producir"*) es claramente *"inhumano"* y *"deshumanizante"*; sistema del cual podemos afirmar, desde una perspectiva teológica, que eso no entra en el *"plan de Dios"* para el ser humano. Sin embargo, se cuestionó la ausencia de la Iglesia en la crisis actual, haciendo referencia a dos elementos: primero, que la Iglesia podría estar dando prioridad al hecho de querer sanar sus propias

²⁹ Se considera en efecto que el *"plan de Dios"* abre más bien una perspectiva de justicia, de solidaridad y de gratuidad, es decir, una perspectiva alejada del imaginario neoliberal.

³⁰ Esta noción de *"Espíritu"* la hemos brevemente problematizada a través de toda una discusión incluyendo una perspectiva específicamente cristiana y otra perspectiva más filosófica y no-confesional. Durante esta presentación, se insistió, entre otras cosas, sobre la ambigüedad de la noción de Espíritu, que debemos pensar a través de las características del nuevo Espíritu que está apareciendo, como del Espíritu del neoliberalismo que rechazamos.

heridas y resolver sus propios problemas antes de pensar en los problemas sociales a nivel nacional; y segundo, se criticó también su tendencia a dar una prioridad a los "discursos" teológicos o religiosos más que a una "práctica" concreta, encarnada y humilde de sus pastores frente a la crisis social.

Esta discusión sobre el rol de la Iglesia fue interesante, porque algunos participantes, que se presentaron como no creyentes, afirmaron sin embargo que, para ellos, una "palabra" de la Iglesia sobre los últimos acontecimientos sería importante, como si la Iglesia, a pesar de su silencio, continuara ejerciendo un rol de referente moral en la conciencia de muchos ciudadanos secularizados.

Más allá del análisis del rol jugado por la institución eclesial en la crisis, los participantes del taller dieron una gran importancia al plano individual (¿qué puedo aportar yo como creyente, o desde mi propia postura espiritual?). En este sentido, se destaca que haya "algo irreductible" en la vida de cada creyente (como de cada ciudadano) que hace que seamos responsables de nuestra vida (personal, social, económica, etc.), y se insistió en la idea según la cual tener una preocupación por esta responsabilidad tiene que ver también con una dimensión espiritual. Dicho de otra manera, en el corazón de nuestra preocupación por vivir una vida justa y articulada al bien común vive también una dimensión espiritual.

En la línea de estas reflexiones, se pasó a responder en conjunto las siguientes tres preguntas:

Primera pregunta: ¿Cuál es el piso mínimo aceptable que la sociedad debe darse en cada tema tratado?

Para adaptar esta pregunta al objeto de nuestro taller "Ciudadanía y religión", la hemos transformado de la manera siguiente: "¿Cuáles son las condiciones necesarias/mínimas para que la religión y/o las Iglesias puedan contribuir positivamente a la resolución de la crisis?"

Como primer elemento de respuesta a esta pregunta, encontramos la exigencia de "pasar por la crisis", como a través del fuego de la crisis. Esta exigencia, que consiste en el hecho de asumir la crisis y de "mirar y enfrentarse con la realidad" tal como es, está dirigida hacia la sociedad, pero también hacia la Iglesia (y en su caso, la idea subyacente es que es a través de su compromiso en la crisis social que, finalmente, podrá asumir y superar su propia crisis). Podemos hacer un paralelismo entre esta orientación fundamental y la idea defendida por el jesuita Michel de Certeau, que tematiza la

idea de una "*ley del conflicto*"³¹ de la cual los cristianos, a menudo, tienen miedo. Afirmando que es a través de la herida que nos sanaremos, afirmamos también una lectura espiritual de la actitud que tenemos que adoptar frente a la crisis.

Segunda condición "*para que la religión y/o las Iglesias puedan contribuir positivamente a la resolución de la crisis*": se trata de terminar con la "*falsa separación/dicotomía*" que a menudo existe entre el mundo religioso-espiritual y el mundo político-social. En este sentido, los participantes consensuan que la Iglesia no debe desvincularse del mundo, sino más bien unir las dos dimensiones (o articularlas), como lo hizo, por ejemplo, la teología de la liberación. Es en la profundidad de la immanencia, o en la manera de habitar la vida cotidiana, que vive la espiritualidad, la más espiritual.

Otras condiciones, que forman un conjunto coherente: se trata para la Iglesia Católica de terminar con la alianza incestuosa "*del trono y del altar*" (alianza que permite a la Iglesia tener relaciones privilegiadas –o acomodarse a relaciones privilegiadas– con poderes sociales). Se trata también de valorar la participación concreta y efectiva de todas y todos sus miembros, promoviendo así la democratización de su funcionamiento. Por último, se aborda una exigencia hacia la Iglesia, la de mostrar coherencia entre los discursos religiosos profesados y su traducción concreta en práctica, lo que permitirá a la Iglesia recuperar un posicionamiento claro y profético, sin el cual todo el resto sería "palabras muertas".

Segunda pregunta: ¿Qué obstáculos detectamos en la sociedad chilena y/o en nuestra realidad personal, vecinal o local que impiden esos mínimos?

Los principales obstáculos, a la implementación de los mínimos abordados en la pregunta anterior, tienen que ver con una "*resistencia interna frente al cambio*". Esta resistencia concierne a la situación de la Iglesia, como también de la propia UCM (sobre este punto, los participantes hicieron un nexo con la situación de conflicto social vivida por los funcionarios de la universidad) y, finalmente, la situación de cada una y cada uno de nosotros al momento de enfrentar un cambio importante.

Cuando se preguntan sobre el motor que anima esta resistencia, los participantes del taller identifican el "*temor a perder poder*", pero también "*espacios*" propios, así como una cierta "*representación de*

³¹ Sobre esta noción, ver : Michel de Certeau, *L'étranger ou l'union dans la différence*, Paris, Points Essais, 2005, pp. 21-43.

sí mismo". En el fondo, debemos reconocer que una dinámica de cambios nos enfrenta a la pérdida de una seguridad (existencial, económica, religiosa, cotidiana, etc.) que impide su buena recepción.

Por esta razón, enfrentarse con estos cambios (en nuestro caso, los cambios sociales) implica enfrentarlos con verdad, con coraje, lo que pasa por un verdadero diálogo, en el cual, para que todo el mundo pueda "ganar" algo, todo el mundo debe "perder" algo. Este tipo de diálogo adulto excluye los mecanismos de "*falsos diálogos*" (identificado por los participantes del taller como otro obstáculo) donde se habla mucho, pero para no cambia nada. En este tipo de falso diálogo, en efecto, de manera paradójica, se habla para no hablar y se escucha para no escuchar, precisamente porque, donde todo el mundo quiere "ganar" algo, nadie quiere asumir el riesgo de una pérdida. Cuando todo diálogo pasa, de alguna manera, por un riesgo a la pérdida.

Por último, el taller identificó como obstáculo una cierta "*fascinación por la normalidad*", lo que se relaciona con el miedo al conflicto provocado por el encuentro con la alteridad, lo distinto, lo diferente. Lo interesante es que todas las resistencias identificadas a lo largo del taller plantean una profunda dimensión espiritual.

Tercera pregunta: ¿Cómo podemos abordar estos obstáculos?

Para responder a esta pregunta, diferentes pistas de reflexión fueron enunciadas durante el taller: primero, se trata de asumir el actuar de manera "*adulta*" y "*responsable*". Esta orientación ya fue tematizada en las dos primeras preguntas, pero puede ser considerada como un hilo rojo y un *leitmotiv* de toda la sesión.

Sin embargo, el elemento más importante fue la necesidad de fortalecer dos conceptos claves de la tradición cristiana: la "*comunidad*" y el "*servicio*". Promover la noción/dimensión de comunidad exige que el poder vuelva a la base (a las comunidades de base), lo que exige, en el caso de las autoridades religiosas, pero también a nivel político, renunciar a considerarse como instancia de poder separada de la gente y crear nuevos "*espacios de diálogo-participación-decisión para hacer comunidad*". Una comunidad donde la gente tenga la libertad para decidir su destino. Al impulsar esta dinámica más cercana a la comunidad, la Iglesia, como el mundo político, transitaría desde una comprensión de su papel en términos de "*poder*" a una comprensión de su papel en términos de "*servicio*", y detrás de ella, como en filigrana, de favorecer una reflexión sobre una "nueva ética".

Conclusión

Si retomamos las preguntas iniciales que orientaron este taller, podemos afirmar que, sí, el estadillo social que vive el país actualmente tiene raíces espirituales, si entendemos la espiritualidad menos en términos confesionales que a nivel de lo que hace sentido y valor. Por otra parte, podemos afirmar también que la dimensión espiritual puede nutrir, a partir de sus palabras, de las estructuras de existencia que promueve, o de su larga y diversa historia, una reflexión de fondo sobre las posibles soluciones para poder salir de esta crisis.

PARTE 2

Cuando el desprecio pasó a ser la experiencia común en Chile³²

Sandra Vera Gajardo³³

El inicio del “estallido social” se localizó en términos temporales con el fenómeno de evasiones del metro, un tipo de acción colectiva que podríamos nombrar como “acción espontánea de masas”. Este tipo de acciones ha sucedido bastantes veces en Chile y en el mundo. Por eso se sacó a colación varias veces el episodio histórico de la “rebelión de la chaucha” de 1949, cuya causa inmediata también fue el alza de la tarifa del transporte público, pero que reflejaba, además, una crisis política general. Creo que aquél inicio de la “explosión” refleja bien la indignación propia provocada por la cristalización de una estructura extremadamente desigual en Chile, que ha llevado al empobrecimiento de gran parte de la población.

En los llamados a cacerolazos de aquél viernes 18 de octubre la consigna fue amplia: “por la precarización de nuestras vidas”. Una reacción espasmódica de este tipo se relaciona en gran medida con lo que algunos pensadores (como Axel Honneth) han llamado “desprecio moral”, producto de la falta de reconocimiento de la vivencia de algunos. En este caso, despreciar la experiencia cotidiana de angustia porque el salario – producto de un empleo que en general produce una sensación de agobio constante- no alcanza para acceder a una práctica que es imposible no realizar: movilizarse, transportarse. Es desprecio moral pues el mensaje enviado es que esa experiencia no importa. Es en estas actividades que podríamos llamar “inevitables” (comer, transportarse, etc.) donde se concentran los fundamentos de la dignidad humana. Una dignidad cuyo no-reconocimiento se convierte en una experiencia común en Chile.

Creo que las reacciones “explosivas” que caracterizaron el inicio del estallido, quisieron mostrar la existencia de un límite. Adicionalmente, la forma de mostrar el límite parece exhibir también una

³² Entrevista publicada en El Heraldo el día 24 de octubre 2019.

³³ Académica de la Escuela de Sociología, Universidad Católica del Maule.

crisis de la credibilidad en los mecanismos democráticos. Es decir, si se ha acumulado esa sensación de no ser reconocido, escuchado, o de que algunas experiencias cotidianas valen menos que otras ¿por qué esta vez se recurriría a formas de protesta que hasta el momento no han sido escuchadas?

La Fundación Sol señala que el gasto en transporte es el segundo gasto más relevante de los hogares en Chile y en base al promedio de los salarios en Chile (donde el 70% de las y los trabajadores gana menos de \$550.000), el gasto en transporte correspondería a entre el 15 a 20% del presupuesto mensual de un hogar. Es probable que la sentencia sobre la desigualdad ya se escuche como una especie de “mantra” que por lo tanto se naturaliza y permite vivirlo sin que sea considerado un escándalo. Probablemente las manifestaciones del estallido social sean una forma de volver a modular esta situación extrema para que deje de recitarse de manera pasiva. Las evasiones masivas -que lamentablemente ya son manifestaciones que exceden la pura evasión- probablemente enviaron la señal de falta de resignación ante este panorama. Es la necesidad de mostrar un límite moral y –en específico- la necesidad de retomar la comprensión sobre qué es lo público.

Lo que comenzó siendo el alza de pasajes en el metro terminó siendo muchas cosas: las bajas pensiones, la falta de acceso digno a la salud, la desigualdad en la educación y los salarios, el endeudamiento sin fin, etc. Es decir, una vivencia de desamparo generalizado que ha sido bastante invisibilizada.

La desconfianza hacia la promesa del progreso, en todo caso, ha inspirado muchas manifestaciones a nivel global desde el año 2010. La realidad histórica de muchos países ha demostrado que las condiciones de mejora de la vida son muy desiguales y no hay nada que haya podido erradicar esa situación. Más bien ocurre al revés, las condiciones de vida de gran parte de la población pueden empeorar aún más, lo que se contradice totalmente con la promesa inicial. En segundo lugar, se demanda una necesidad de llenar de contenido la palabra “democracia”, la cual presenta muchas grietas y contradicciones tal como se desarrolla en distintos lugares.

Por ejemplo, cuando el movimiento del 2011 en España se autodenomina “indignados” se identifica justamente con esta sensación de rabia y límites. En términos inmediatos dicho movimiento reacciona a las llamadas “medidas de austeridad” que precarizaban las condiciones de vida, sin embargo, las consecuencias de este movimiento finalmente apuntaron a cuestionar la forma en que estaba

operando la democracia en España y la capacidad de todos los sectores políticos de hacer una lectura de la crisis.

La movilización derivó en distintas formas de organización y con la formación de partidos políticos. Este ejemplo podría tener bastantes puntos similares con la situación actual en Chile. La "indignación moral" es un sentimiento colectivo profundo que obliga a llenar de contenido las consignas de la democracia. Por ejemplo, hablar de "derechos", "equidad", "eliminación de la pobreza", "garantías" puede parecer hasta burlesco cada vez para más personas en nuestro país. En síntesis, este tipo de manifestaciones en el mundo siempre denuncian y visibilizan contradicciones insostenibles.

Ante un problema con este trasfondo estructural, la solución política ofrecida a la movilización del país sigue sin ser clara. La represión y las pocas garantías a los derechos humanos denunciadas por diversos informes han sumado otro problema más.

El sistema legal imperante en general se debiera entender como una protección a la ciudadanía que permite mantener un orden social en que podamos convivir como comunidad-nación. Sin embargo, hay momentos en que hay un desfase enorme entre lo que se considera legítimo o ilegítimo y lo que dice la ley. Esos son momentos de urgente redefinición de las comprensiones comunes. Es probable que en este momento debamos tener más cuidado con ciertas categorías que suelen aparecer de manera muy automática, por ejemplo "delincuencia", o "vandalismo". Situaciones como estas son una oportunidad para detenernos en reflexiones más profundas sobre la experiencia completa de un país donde hay pendientes y deudas. Es peligroso si la situación actual solo es leída como un caos a nivel de seguridad pública donde por lo tanto se presenta la solución represiva como la única medida. Creo que, de manera muy distinta a esto, estamos hablando de la necesidad de una reconstrucción moral expresada en la política que amerita un análisis profundo y honesto sobre los acentuados problemas de la sociedad chilena.

El malestar y el fuego en el oasis chileno³⁴

Julien Vanhulst³⁵

En Chile, la primavera ha despertado demonios escondidos detrás de la imagen de un país modelo. Un gran movimiento social, que no tiene ningún líder más que las personas mismas, reúne el conjunto de la población y crece cada día más. En la calle, se vive una mezcla de alegría por este reencuentro, de rabia por la deuda histórica de los gobiernos y las élites, de tristeza e impotencia frente a las consecuencias de la represión brutal, de dudas frente a lo que pasará mañana. Los que buscan entender, y que tienen cierta sensibilidad frente a lo que se está viviendo, tienen la cabeza llena de preguntas frente a los sinsentidos e incoherencias del modelo chileno, como si Chile hubiese despertado de un largo sueño inducido. ¿Todo Chile? Ciertamente no, muchos comulgan con las respuestas de las élites y la criminalización del movimiento, pero una gran mayoría está marchando para exigir un cambio ahora y construir un (mejor) futuro para todos.

¿Qué está pasando en Chile, que nos permita explicar las expresiones del malestar social en las calles, de desconfianza generalizada de la clase política y las movilizaciones multitudinarias y transversales casi sin precedentes en la historia reciente del país?

No podemos entender el levantamiento de la población chilena sin contextualizar, considerando al menos los últimos 30 años, pero también, más allá, los cimientos del modelo neoliberal construido en la represión, el miedo y el autoritarismo de la dictadura de finales del siglo XX en Chile. Un modelo económico neoliberal a ultranza, desmedido, exacerbado, que ha penetrado casi todas las dimensiones de la vida. El “oasis” chileno –de acuerdo a lo manifestado por el Presidente Sebastián Piñera³⁶— es ante todo un laboratorio de la privatización y del neoliberalismo económico, con una

³⁴ Columna de opinión publicada en el Diario El Centro el día 27 de octubre 2019.

³⁵ Académico de la Escuela de Sociología e investigador del Centro de Estudios Urbano-Territoriales, Universidad Católica del Maule.

³⁶ Para mayor información, ver: <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2019/10/08/963586/Pinera-por-America-Latina.html>

seguridad social reducida al mínimo, una ciudadanía que es ante todo consumidora, trabajando para asegurar una vida material insostenible (social y ambiental, cultural y económicamente), con un Estado que ha tomado medidas paliativas para los más pobres, pero sobre todo que ha asegurado un oasis para los más ricos.

El resultado es el que conocemos: aguas arriba, un país con indicadores económicos positivos (aunque cuestionables), aparentemente capaz de resistir las crisis, pero fuertemente dependiente de la producción primaria (y en particular del cobre y de los *commodities* alimentarios), y fuertemente desigual. Esta estabilidad económica permite de alguna manera mantener la estabilidad institucional y la calma, ofreciendo un poco de sueño chileno a las clases más desfavorecidas, a partir de un paquete de medidas y gastos sociales focalizados (en los ámbitos de la salud, la educación, el trabajo, etc.) que fingen romper con las injusticias y la inequidad (como lo hemos visto con las movilizaciones por una reforma profunda de la educación, no obteniendo lo solicitado). Finalmente, las políticas públicas son "neutralizadas" o "sanitizadas" por el tecnocratismo experto y legal, todo aparece vincularse a una cuestión de cálculo racional y de aplicación de protocolo (las pensiones, el trabajo, la educación, la salud, el medio ambiente, la energía, etc.), lo que hace difícil el cambio en función de nuevas necesidades y racionalidades. El mantra es la racionalidad económica traducida en códigos que aseguran la permanencia del modelo.

Aguas abajo, Chile es un país fuertemente centralizado, con una concentración del poder en la capital nacional, y fuertes desigualdades socio-económicas entre las regiones. Regiones sin autonomía política para poder tomar decisiones adecuadas a nivel local. Estas desigualdades tienen repercusiones en muchos sectores: educación, salud, vivienda, y también medio ambiente. Podemos ver como las injusticias ambientales están claramente correlacionadas con las injusticias sociales de manera extrema (por ejemplo, el caso de las "zonas de sacrificio", territorios enteramente sacrificados en el altar del desarrollo). Pero todo parece "normal" porque obedece a las leyes de la racionalidad económica, por lo tanto, "nada que hacer". Vivimos una suerte de sumisión naturalizada que de vez en cuando estalla fuera de estas formas de lo político sanitizadas, y frente a las cuales la política convencional no tiene otra respuesta que la criminalización y la represión en nombre del orden natural(izado).

De modo análogo al paso de la colonia española a la independencia, desde el retorno a la democracia, Chile salió de una dictadura político-militar, pero el poder quedó en manos de una élite

económica y política (a menudo conectada) que defiende sus propios intereses. El interés de un 1% de la población que mantiene el modelo neoliberal intacto gracias al simulacro del ascensor social. De tal modo, todos emulan el modelo pensando poder acceder a un modo de vida deseado por todos, pero inalcanzable y no generalizable. Las clases altas se sienten cómodas en este clima, las clases medias quieren (y piensan poder) acceder a una mejor vida mediante el incremento de su poder adquisitivo, con trabajo o con créditos, y las clases más pobres son finalmente asistidas por ayudas públicas menores que permiten la reproducción del modelo ofreciendo fuerza de trabajo barata a la élite económica nacional (pero también extranjera). Todo eso, en un escenario social en el que el/la ciudadano/a es ante todo un/a consumidor/a, y en el que la mayoría de las relaciones sociales se construyen alrededor del consumo, de la competencia, la lucha para acceder a los bienes y servicios individualmente, etc. En fin, una "cultura neoliberal" y no solamente una economía neoliberal.

La crisis actual no es, entonces, por el aumento de los 30 pesos del pasaje de metro, es una crisis derivada del malestar de la mayoría de la población chilena frente a un modelo de desarrollo deletéreo social, económica, cultural y ecológicamente. Un malestar que se gestó durante décadas, en silencio, adormecido por la pelea cotidiana por acceder a necesidades básicas para algunos o a más para otros, pero (casi) todos sufriendo las consecuencias del modelo de desarrollo neoliberal: desigualdades, extractivismo, zonas de sacrificio, consumismo, apropiación de la naturaleza, subalternización, injusticias, alienación, individualismo, competencia, abusos, etc. en nombre del progreso.

Las movilizaciones no tienen que ver con 30 pesos, sino con el mantenimiento de un sistema social, económico y cultural nefasto a nivel psicológico, familiar, colectivo, nacional y hasta internacional, un sistema que enferma pero que todos contribuimos a mantener (como en los tiempos modernos de Chaplin). Un sistema que responde al discurso del desarrollo con pretensión universal, que apaga cualquier alternativa, que se expresa en Chile con la idea de la supuesta excepcionalidad de su modelo. Un ejemplo para todos viendo sus grandes logros en la carrera internacional por acceder al desarrollo, ser parte de la élite económica, y ser el mejor alumno del neoliberalismo del siglo XXI. Sin embargo, lo que la población reivindica hoy es justamente terminar con las violencias de este modelo, transformar fundamentalmente un sistema que crea siempre más desigualdades en nombre del progreso. La violencia de vivir la carrera desenfrenada del desarrollo que subalterniza cualquier otro modo de vida.

No es de extrañar entonces que la respuesta del gobierno esté desfasada con las demandas de la ciudadanía, pues es generada desde la misma racionalidad que está siendo criticada por el movimiento del pueblo. Además, hace uso del ejercicio de la "violencia legítima" del Estado: desplegar las fuerzas armadas e instalando una fuerte represión (que recuerda el oscuro pasado de Chile), declaración del estado de urgencia y toque de queda en la mayoría de las ciudades del país, menosprecio de los derechos humanos, etc. Siguió a dichas respuestas, declaraciones y proposiciones débiles y populistas que no respondieron a ninguna de las demandas estructurales y profundas de la población, porque continúan aplicando las recetas neoliberalizadas de siempre. Pero no es posible responder a las demandas desde la misma racionalidad neoliberal que se está criticando. Sin embargo, hasta el momento, todas las medidas quedan atrapadas en este mismo modelo, buscando ajustar los mecanismos del reloj tecnocrático, no hay propuestas de fondo, son reformas mínimas para responder a las preocupaciones materiales, pero no hay ninguna propuesta de transformación. Además, no se asume ninguna responsabilidad política desde el gobierno por la situación que vivimos hoy, por la represión, los muertos y los heridos, ni por todo el evidente daño psicológico que ha generado la poca capacidad de enfrentar la crisis en los últimos días. Parece que creen que pueden desactivar el conflicto con las mismas reglas del juego de siempre, sin incluir a otros actores que no sean la élite política histórica, cuando lo que se está exigiendo es poder lanzar los dados, cambiar de mano, y cambiar las reglas.

Conciencia de la injusticia y nuevo pacto social³⁷

Francisco Letelier Troncoso³⁸

En la última semana hemos visto una de las movilizaciones sociales más grandes del Chile pos dictadura. Lo que se inició en Santiago, a causa de las alzas del metro, se ha extendido por todo el país. Las manifestaciones pacíficas de cientos de miles de chilenos y chilenas, que han recorrido las calles y colmado las plazas, han quedado en la retina del mundo entero. Pero junto a estas manifestaciones no-violentas hemos vivido numerosos episodios de violencia delictual y una violación creciente de los derechos humanos por parte de las fuerzas militares y policiales.

No es fácil entender todo lo que está ocurriendo, pero se puede sospechar que en el origen del estallido social está la combinación de, a lo menos, dos fenómenos: el desarrollo y la maduración de una fuerte sensación de injusticia, y una profunda crisis de representación política.

La percepción de injusticia que inunda el país ha surgido del reconocimiento que las desigualdades o las diferencias entre unos y otros no surgen naturalmente. La desigualdad es un fenómeno fundacional y persistente en Chile. Está tan arraigada a nuestra historia, que la consideramos parte natural de nuestra realidad. En el Chile de hoy, sin embargo, esta desigualdad comienza a interpretarse como injusticia, producto de la constatación reiterada de que los que están "arriba" abusan sistemáticamente de su posición de poder para *coludirse, robar, evadir impuestos, coimear, conseguir impunidad y/o enriquecerse mañosamente*. Es por esta repetición infinita de hechos, que los chilenos y chilenas nos damos cuenta que no existe un supuesto "orden natural de la sociedad", y que las brechas sociales son producidas por acciones de sujetos y organizaciones concretas. En otras palabras, se cae en la cuenta que *la precariedad de unos está vinculada al privilegio de otros*.

³⁷ Columna de opinión publicada en el Diario El centro del día 27 de octubre 2019.

³⁸ Académico de la Escuela de Sociología e investigador del Centro de Estudios Urbano-Territoriales, Universidad Católica del Maule.

Este ejercicio de problematizar la realidad, es el que origina un sentimiento de injusticia que interpela a una gran cantidad de personas y moviliza a la acción.

El sentimiento de injusticia tiene el poder de canalizar y dar sentido al malestar y al sufrimiento cotidiano que la mayoría de los chilenos y chilenas vienen experimentando hace décadas: las dificultades para llegar a fin de mes, las extensas y extenuantes jornadas laborales, los prolongados viajes desde la casa al trabajo, la dificultad para ser atendido en el sistema de salud, la precariedad del barrio, las alzas de precio de los servicios básicos, la carestía de los medicamentos, el estrés, la depresión, entre muchos otros.

Las formas de expresar el malestar y el sufrimiento acumulados son diversas. En algunos casos, llevan a marchar y a organizarse para luchar por objetivos comunes, tal como lo ha hecho la gran mayoría de los chilenos y chilenas en los últimos días. En otros, se expresa en acciones violentas, que pueden provocar daños en bienes públicos y privados. Al respecto, vale la pena considerar que una cosa es condenar y sancionar estas acciones, y otra, indispensable, es entender mejor el contexto en el que surgen: en Chile, casi un millón de personas gana todavía el sueldo mínimo, y quinientos mil jóvenes –uno de cada ocho– no estudian ni trabajan. En estos contextos de extrema precariedad, el malestar y el sufrimiento a veces no encuentran los cauces adecuados para expresarse.

Ante la profunda sensación de injusticia que se ha venido construyendo en Chile, los discursos del esfuerzo, las oportunidades y la meritocracia han quedado completamente deslegitimados. Se ha entendido que la precariedad y la vulnerabilidad no son producto del desgano individual, sino de problemas estructurales, inherentes al modelo de desarrollo, que –como dice Pablo Torche– “da espacio solo a unos pocos de llegar a la punta de la pirámide, mientras que mantiene a los demás en la base, deslomándose eternamente por una zanahoria que nunca llega”.

En democracia, lo deseable es que las desigualdades y la sensación de injusticia sean asumidas por el sistema político. Sin embargo, en Chile se ha venido produciendo, desde hace años, una profunda crisis de representación política que tiene sus raíces en un sistema democrático que ha sido incompleto desde los inicios del periodo pos dictatorial.

Pese a las diversas reformas políticas que se han hecho en el país, aún nuestro sistema democrático tiene muchas limitaciones. La principal restricción es estar regido por una constitución redactada en dictadura, que dificulta contar con mayorías para la concreción de cambios sociales y económicos

profundos. Otra, es ser presa de una racionalidad tecnocrática que, centrándose en aspectos supuestamente técnicos y de eficiencia, minimiza la importancia de legitimidad social en el satisfactorio desarrollo de las políticas públicas. Esto se traduce en poco espacio para el control ciudadano y en el desprecio por formas complementarias de democracia, como la deliberativa o la participativa. Por último, nuestro sistema democrático peca también de un centralismo que debilita los espacios locales y regionales.

Una democracia de este tipo solo puede representar de manera muy distorsionada las demandas ciudadanas. A esta democracia inconclusa le resulta difícil transformar el malestar social en políticas públicas eficaces y, a la vez, legítimas. Como resultado de esto, y pese a múltiples demandas ciudadanas para redefinir distintos aspectos de nuestro modelo de desarrollo, la acción del Estado ha insistido en alinearse en torno al crecimiento económico casi como único y gran objetivo. En torno a él, se han implementado políticas que buscan corregir los efectos colaterales que produce el mercado y actuar allí donde este no tiene interés de hacerlo. Así, el conjunto de políticas sociales impulsadas en estos años no ha logrado más que contener el malestar y el sufrimiento, sin modificar las causas que lo originan. Todo esto ocurrió mientras la sensación de injusticia no tomaba cuerpo, hoy, sin embargo, estas medidas paliativas parecen no ser suficiente.

En el contexto actual, el sistema político no puede responder del modo en que lo ha hecho hasta ahora. La respuesta del sistema político debe ser proporcional a la sensación de injusticia generada durante años. Esta respuesta debe ser capaz de sanar una herida profunda y atravesar un ancho río de desconfianza. Se ha de pagar –por decirlo de algún modo— una enorme penitencia. No solo se trata de políticas públicas que reduzcan las brechas sociales y económicas, se trata también de decisiones de alto poder simbólico que restituyan parte de la confianza que las y los ciudadanos han perdido en las élites.

No ser capaces de establecer un pacto social que reconozca el nuevo marco de injusticia que la sociedad chilena ha construido, implica el riesgo de que el pueblo abandone la democracia, tal como la democracia, en la forma que ha tenido hasta ahora, parece haberle abandonó a él.

En este contexto, todos los actores tenemos obligaciones y desafíos: el gobierno debe, al menos, restituir el estado de derecho, resguardar el orden público con las herramientas que este le entrega y terminar con las violaciones a los derechos humanos. Los partidos políticos y sus parlamentarios, especialmente los más reticentes a asumir el nuevo contexto social y político, deben dejar sus

ataduras ideológicas e intereses de clase para dar paso a reformas que restablezcan mínimas confianzas. Los movimientos sociales, la sociedad civil, los centros de pensamiento, las universidades y las comunidades deben articularse para darle una forma cada vez más clara a la sensación de injusticia que inunda el país. Y, por supuesto, debemos seguir manifestando nuestro deseo de una sociedad más justa.

La democracia chilena en cuestión³⁹

Cristhian Almonacid Díaz⁴⁰

Si tuviera que describir la democracia en Chile diría que tenemos un modelo de representación política oligárquica, es decir, una institucionalidad democrática basada en un voto agregacionista. Cada cierto tiempo, este voto otorga un poder legítimo (y, a la vez, por una vía legal) a una casta que proviene de los que conocemos como partidos políticos. Esta clase política se caracteriza por una fuerte racionalidad tecnocrática, que le permite obtener adhesión popular por su probada suficiencia para administrar y distribuir los recursos públicos.

El éxito de dicho modelo se sostiene gracias a la idoneidad racional estratégica de nuestros representantes. Estos se alternan en el poder siguiendo la lógica de obtención de beneficio político a partir del aprovechamiento de los errores estratégicos de la contraparte, trasladando con ello la lógica de la libre competencia del mercado a la esfera política. Recordemos que se triunfa en el mercado cuando se logra captar y crear valor de satisfacción en el consumidor. El sistema político muchas veces sigue este enfoque, y las campañas políticas son más una competencia de asesores técnicos de marketing, antes que un proceso de argumentación para la deliberación de ideas y propuestas. Este modelo democrático se completa con el papel de una ciudadanía que se prefiere atomizada, asumida como individuos demandadores de beneficios en el surtidor de servicios que solemos llamar Estado, entidad que recauda y reparte recursos bajo los preceptos neoliberales.

Hoy nos enfrentamos a la más compleja urgencia social y política desde el restablecimiento de la democracia. Nuestro modelo democrático está en cuestión, principalmente porque no ha sido capaz de conformar un andamiaje social y político que legitime la institucionalidad existente, más allá del voto. Bajo mi perspectiva, el modelo democrático de representación oligárquica tecnocrática está

³⁹ Columna de opinión publicada en El Heraldo el día 27 de octubre 2019.

⁴⁰ Académico del Departamento de Filosofía, Universidad Católica del Maule.

dando señales fuertes de incapacidad para escuchar y responder a las demandas sociales de nuestra “primavera chilena”.

Primero, porque la institucionalidad política de élite, entreverada entre asesores técnicos, ha terminado por alejarse de la ciudadanía, de sus necesidades y de sus problemas. La clase política no viene “de la calle” y no está en la “plaza” que, como gustaba decir Humberto Giannini, es el lugar de la ciudad para la conversación que funda la experiencia histórica común y la cotidianeidad que antecede a cualquier tecnicismo. Segundo, porque la sociedad en su conjunto ha crecido en niveles de educación y preparación. La ciudadanía ha alcanzado saberes, conocimiento y un fuerte sentido de responsabilidad social (especialmente visible en las generaciones más jóvenes), pero no cuentan con espacios democráticos para participar y decidir. En este sentido, estamos en un punto de inflexión en el que el progreso educacional y el desarrollo de la autonomía moral de la sociedad civil provoca que los ciudadanos y ciudadanas ya no quieran ser concebidos como meros demandadores de “bonos”. La ciudadanía quiere ser partícipe, no solo del crecimiento económico —como es correcto concebirlo en términos de equidad y justicia—, sino también de las decisiones políticas que le afectan.

La crisis social que estamos viviendo muestra la necesidad de transitar desde un modelo de democracia basado en una racionalidad técnica de élite hacia una democracia radical (de raíz), basada en una razón que sea dialogante con la capacidad de reconocer en los ciudadanos a interlocutores preparados y válidos. Mientras no avancemos en un modelo institucional fundado en una democracia radical, que integre a la sociedad civil, la clase política seguirá entendiéndose a sí misma como autosuficiente para decidir los destinos de Chile, seguirá comprendiendo la crisis social como vándalos que quieren sembrar terror cuando manifiestan sus demandas, seguirá contando con el estado de emergencia y la militarización de las calles para recomponer un orden de artificio, a costa de arriesgar la plena garantía y el respeto fundamental de los Derechos Humanos.

La democracia no es un mecanismo para institucionalizar procesos sin los sujetos afectados. Únicamente desde las personas que componen la sociedad en su conjunto es posible esperar una radicalización de la democracia que convierta al diálogo deliberativo y la participación en una cultura. Si consolidamos esta cultura democrática, podremos confiar en nuestra musculatura dialógica para superar este tipo de crisis y afrontar la tarea democrática por antonomasia: redactar una nueva constitución, tarea pendiente que resuena de fondo y se convierte en ineludible.

“Memoria de ciego” (o te arrancaré los ojos)⁴¹

Javier Agüero Águila⁴²

El nombre de esta columna tributa a un libro de Jacques Derrida titulado *Memorias de ciego. El autorretrato y otras ruinas* (*Mémoires d'aveugle. L'autoportrait et autres ruines*) de 1990. En este texto y a modo muy general, Derrida se preguntará por la ceguera como la posibilidad para otra visión, como la apertura hacia aquello que los “videntes” no pueden ver y para lo que están, consecuentemente, ciegos. Con esta clave Derrida nos invita, primero, a desactivar la dupla ceguera-videncia que organizaría de alguna u otra forma el pensamiento dualista del *logos*, haciéndonos parte, como siempre, de una zona bizarra donde lo que emergerá es la responsabilidad frente a la venida del acontecimiento, de lo incalculable y de lo imprevisible. En segundo lugar, podríamos decir entonces que lo invisible nos conduce a lo visible. El ciego, o “el que queda ciego”, sigue viendo, no del modo en que lo entendemos occidentalmente y desde la tradición dialéctica, sino que ve de otra manera, en otro registro y desde otro lugar: “*hay ojos que ya no ven, y ojos que nunca vieron. ¿Olvidará usted también a los vivientes sin ojos? No por eso viven siempre sin luz*” (J. Derrida, 2000).

El domingo 10 de noviembre del 2019, organismos policiales –en uno de los múltiples y cobardes atentados contra los derechos humanos que se han sucedido sistemáticamente en el Chile justamente retobado de las últimas semanas– reventaron los dos globos oculares del estudiante de psicología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Gustavo Gatica. Tiene 21 años y desde ahora en adelante no verá más, al menos como vemos nosotros, o como creemos que vemos. Hemos asistido, tristemente, al regreso de una fuerza descomunal, autodefinida como legítima, ejercida por el Estado y sus agentes represivos, cuya instrucción es disparar a la cara. También, tristemente, y en una tenebrosa casualidad, han sido los ojos los mutilados, como si cada balón fuera parte de un plan mayor, de una siniestra orquestación político-ocular destinada a que no se vea más;

⁴¹ Columna de opinión publicada en La Nación el 12 de noviembre 2019.

⁴² Director del Departamento de Filosofía, Universidad Católica del Maule.

a que no reconozcas más tu espacialidad; a que no puedas mirar ni soñar en los ojos de tu compañero o compañera; en fin, se pretendería, con el cobarde balín, que el brillo de los ojos rebeldes pasen a mejor vida y no haya posibilidad alguna de mirar el futuro "con otros ojos".

Este es el gran error del Estado y sus policías. En teoría Gustavo no verá más la cálida luz del día ni la sugerente y protectora oscuridad de la noche, deberá aprender a leer en braille y ajustar su capacidad de movimiento a intuiciones y rutinas. Seguramente necesitará ayuda para desplazarse y llorará desconsolado porque le arrebataron la posibilidad de ver un atardecer, el mar, la cordillera y ese hermoso ecosistema que fue para él la calle ensanchada por la que circuló libre y sin miedo protestando por un país más justo; llorará desconsolado, también, porque no podrá mirarse en el espejo y reconocer en sus ojos la ensoñación juvenil del derecho de vivir en paz.

Pero él mirará de otra manera y esta es su victoria, que también es la nuestra.

Desde la oscuridad foto-cromática que organizará su vida de aquí en adelante, Gustavo sabrá de otra luz, de una que se despierta al margen de los sentidos empíricos. En la profundidad de su ceguera nos hablará de otro lugar donde la cobardía, la injusticia y el abuso no lo pueden tocar. Esa hermosa y luminosa oscuridad del valiente que ratifica, desde su nuevo margen, su lucha y su condición de hombre libre, dueño de su destino, que se reconoce en los demás, en la marcha, en la protesta, al calor de la demanda común y donde no es necesario tener ojos y donde ningún balín ni bala artera puede impactarlo. La tristeza es enorme, pero el ciego, como dice Derrida, no carece de luz y nos hereda la responsabilidad de ver a través de él lo que nosotros no vemos, esto es, quizás, la verdadera justicia.

"Liberar el porvenir del matiz de horizonte que tradicionalmente lo acompaña, dado que el horizonte, en su étimo griego, es un límite a partir del cual pre-comprendo el porvenir" (J. Derrida, M. Ferrari, 2009). Gustavo y tantas/os otras/as se encarrilaron, desde la ceguera que hoy será su compañera de ruta, en el porvenir. Ese que no se puede calcular y que llega siempre como el regalo de lo implanificado. Nosotros quedamos con el horizonte del ahora y la responsabilidad de ser testimonio de esta brutalidad, la misma que nos inspira una y a otra vez a seguir diciendo lo que hay que decir, pidiendo lo que hay que pedir, soñando lo que hay que soñar y mirando de frente junto a los que no ven –o ven de otra manera–, este Chile colgado en la cuerda del abuso.

"No se detienen los procesos sociales" aunque nos arranquen los ojos.

Guerra y paz⁴³

Hernán Guerrero Troncoso⁴⁴

Si bien firmo esta columna como académico, me permito una pequeña introducción a título personal. Escribo estas líneas consternado por la destrucción que ha ensombrecido todo lo que hasta ahora había sido el movimiento social que estalló el 18 de octubre: las marchas pacíficas, los cabildos y encuentros ciudadanos, el ambiente de esperanza que se estaba creando. Con tristeza debo reconocer que ya no puedo seguir considerado como “brotes aislados de violencia por parte de algunos manifestantes” –contrariamente al actuar sistemático de las “fuerzas del orden”, que ha costado las vidas y los ojos de tantos compatriotas– la destrucción que se tomó las calles. Cuando intento de alguna manera calmar a mi esposa (que nunca vivió una circunstancia similar en su país), ya no tengo argumentos para poner en perspectiva la destrucción, los saqueos y, en general, la sensación de inestabilidad que se arrastra por casi un mes. Tampoco creo, sin embargo, que estemos ante una fuerza organizada que pretenda desestabilizar el país, un enemigo –interno o externo– contra el cual haya que luchar para recuperar el control del país. En efecto, ningún análisis de los hechos –de los cuales hay tantos y tan variados, en la prensa, en las redes sociales, en las conversaciones–, por mucho que esté de acuerdo con él, logra sacarme de esta desazón que poco a poco empieza a vencer las esperanzas de un Chile mejor que había visto cruzar nuestro país.

En este punto de la reflexión, vuelvo como académico. Me alejo de lo que ocurre ahora y busco en el pasado, en palabras que me resuenan con fuerza en estos días, palabras que hablan desde hace más de dos mil quinientos años. Heráclito, uno de los primeros pensadores de Occidente, al intentar mostrar en qué consiste la realidad, describe su despliegue no solo como flujo, sino sobre todo como lucha, guerra, *pólemos*, el cual es “el padre de todo, el rey de todo” (fr. 53 DK). Esta lucha sería común a todo cuanto tiene lugar en la naturaleza (fr. 80 DK) y, por ende, inherente al agua, a las plantas, a

⁴³ Columna de opinión publicada en el Portal UCM el 14 de noviembre 2019.

⁴⁴ Académico del Departamento de Filosofía, Universidad Católica del Maule.

los animales, a los cuerpos celestes, a los hombres y a los dioses. Así, el cauce del río es ejemplo de la lucha del agua por abrirse paso en la tierra, y de la lucha de esta última por mantener su posición. Las plantas, desde el momento en que germinan, luchan por mantenerse con vida, aunque implique la destrucción de sí misma. La semilla, que tiende a convertirse en árbol, debe aniquilarse para que surja el árbol; este último, una vez adulto, estará cubierto de hojas, de flores o de frutos, o bien estará desnudo, con las solas ramas, y esto ocurre para que pueda seguir con vida. En otras palabras, la vida de las cosas consiste en su lucha por ser ellos mismos, por alcanzarse a sí mismos y, es así, como afirma el mismo fragmento, que el *pólemos* "señaló a unos como dioses y a otros como hombres, puso a unos como libres y a otros como esclavos". Hay seres que, para ser eso que son, dependen en mayor o menor medida de otros, de tal manera que no son capaces de determinar el modo en que viven ni su propio destino; hay otros que en cierta medida logran hacerlo, y otros, en cambio, que sí se dan la vida y el destino que les corresponde. En todos estos casos, tal determinación es resultado de su lucha.

Es aquí que la imagen de Chile como un oasis, una imagen completamente sepultada bajo la fuerza de lo que ha ocurrido estas semanas, resulta indignante, debido a lo que ha expresado la gran mayoría de los ciudadanos: la lucha diaria por llevar una vida se ha hecho cada vez más dura, al punto de ser insoportable. Los costos por sobrevivir –impuestos en beneficio propio por una minoría que se lleva casi un tercio de las ganancias del país– se han vuelto una carga pesada. Así, la aparente tranquilidad y estabilidad no reposaba sobre una base sólida, como lo sería una estructura económica que permitiera a cada uno satisfacer sus necesidades básicas. Por el contrario, era más bien el agobio ante una violencia que impedía –e impide aun, porque casi nada ha cambiado desde el 18 de octubre– alcanzar ese mínimo para vivir con dignidad, y el temor a perder incluso lo poco y nada que uno tiene, lo que aparecía como tranquilidad. Si toda vida, la de un ser vivo o de la sociedad, es lucha, el modelo chileno, así como está, es un obstáculo para ella. Es violento, según la definición de Aristóteles, en la medida en que impide que los ciudadanos y ciudadanas alcancen aquello por lo cual luchan, aquello que da sentido a sus vidas. No me refiero a que puedan disfrutar de los frutos de su trabajo, sino al simple hecho de realizar su trabajo. ¿Cómo se le puede pedir a alguien que cumpla adecuadamente sus labores, si a las horas que pasa en el trabajo debe sumar las horas para movilizarse en un transporte público cada vez más caro, casi sin tiempo para su familia y endeudado para llegar a fin de mes? Un sujeto que al final no le queda otra sino pagar por educación y salud privadas, que mira con angustia el momento de jubilarse o que, ya jubilado, no tiene ninguna

esperanza de vivir tranquilo sus últimos años ¿Qué satisfacción puede encontrar, si a cada paso se le recuerda qué es lo que no podrá alcanzar, porque no tiene cómo pagarlo, si no se le valora por lo que es y por lo que hace, sino que se le menosprecia por aquello de lo que carece?

Así llegó el 18 de octubre y la primera reacción de parte del Gobierno consistió en reprimir el agobio, la frustración, la furia contenida por décadas, como si se tratara de una pataleta. Se buscaba restablecer el orden, es decir, reconstruir la ilusión del oasis. Pero dado que la vida es fundamentalmente lucha, es imposible plantear seriamente un orden en el cual no haya disenso, descontento, problemas. El orden se mantiene por sí solo cuando la lucha puede canalizarse libremente, cuando están dadas las condiciones para un acuerdo, cuando hay un marco de equidad, en el que no se impide o se fomenta arbitrariamente el despliegue de uno de los miembros a favor o en desmedro de otro. Como en todo ecosistema, cuando una población crece o disminuye demasiado, se produce un desequilibrio que puede ir a parar en su destrucción. Precisamente para evitar el desequilibrio, la lucha y sobre todo el conflicto son necesarios, porque en este último –como sostiene Heráclito (fr. 80 DK)— consiste la justicia.

Y así llegó el 12 de noviembre y la reacción del Gobierno fue la misma, a pesar de las señales de apertura al diálogo mostradas días antes. A la fuerza destructiva que se desató se le amenaza con una fuerza mayor, la de la ley, la de los uniformados, mientras al mismo tiempo se apela a un acuerdo de paz. Así, en vez de buscar un punto de equilibrio para que luego la paz se imponga por sí sola, se pretende forzar el oasis, se espera volver a impedir la lucha que mantiene viva a la sociedad, en lugar de buscar las condiciones para que esa lucha encuentre su propio cauce. Y en medio de este conflicto –que, en lugar de decantar en justicia, perpetúa la fractura social, las desigualdades económicas y mantiene al país (in)movilizado—, nuevamente, resuenan las palabras de Heráclito (fr. 67 DK): “El dios: día – noche, invierno – verano, lucha – paz, saciedad – hambre”. Si bien son opuestos, en el día y en la noche, en la lucha y en la paz se hace presente la divinidad. De manera semejante, el disenso y el conflicto tienen tanta razón de ser en nuestra sociedad como el consenso y el acuerdo, y todos ellos son manifestación de la vida de una sociedad. El tiempo de las marchas es tan válido como el de la tranquilidad y, en la medida en que en ambos decanten en equilibrio, en los dos se hace presente la democracia y se reafirma la vida de la sociedad. Por eso, en estos momentos, es necesario tener en cuenta que la violencia desatada contra calles y edificios no acabará sino hasta que se termine la violencia institucionalizada, que proviene de los dueños de Chile, de los habitantes del oasis, para quienes los que protestan representan una amenaza alienígena, para quienes permitir que

los demás tengan una vida mínimamente digna significa "compartir privilegios". Si nuestra vida se puede considerar como tal en la medida en que es lucha, basta con que se acabe la violencia tácita que nos impide vivir nuestra vida como corresponde, para que se acabe la violencia desatada, fruto de la impotencia ante un sistema no nos da oportunidad de realizarnos como personas. Así, no se trata simplemente de satisfacer una lista de exigencias, jamás se ha esperado que se le regale nada a nadie, sino más bien que se nos reconozca un mínimo de dignidad a cada uno, por el solo hecho de que todos pertenecemos al mismo país, el cual crece y se enriquece con la suma de todas nuestras luchas, y en donde hay tiempo para el trabajo y el descanso, para la preocupación y la distracción, para la guerra y la paz.

Nada más que un punto...⁴⁵

Hernán Guerrero Troncoso⁴⁶

El anuncio de la madrugada del viernes 15 de noviembre de 2019, que inició el proceso de consulta para una nueva Constitución, lejos de poner fin a las movilizaciones, ha marcado un punto de inflexión. La lucha que se ha dado principalmente en las calles, las plazas y los espacios de reflexión, se terminó por instalar en el corazón de la institucionalidad política chilena. Con todas las falencias que tiene, el Acuerdo por la Paz y una Nueva Constitución conforma la primera reacción desde el Estado en la dirección de dar una respuesta a la crisis por la que atraviesa nuestro país; una solución capaz de hacerse cargo de las causas del estallido social, en la medida que posibilita sustituir el actual sistema político. A pesar de la imagen de oasis económico que se ha querido proyectar, las cifras han demostrado desde hace tiempo que el nuestro es un sistema que agobia a quienes no estamos en la cúspide de la pirámide, ajenos al "oasis", a quienes lo observamos desde afuera. La propuesta de un nuevo sistema político-económico presupone un nuevo pacto social, una nueva manera de plantear, incluso antes de la relación entre el Estado y los particulares, los términos según los cuales nos consideramos habitantes del país, el título según el cual cada uno pertenece a la nación.

En este sentido, se puede decir que el pacto social es similar al punto firme e inmóvil que buscaba Descartes, aludiendo a Arquímedes, para establecer su sistema, un punto tan firme, que permitiría sacar a la Tierra de su eje y ponerla en otro lugar. Más que un simple cambio de legislación, este pacto implica un nuevo inicio para la sociedad y sus instituciones, ya que solo una vez que se ha establecido y se ha plasmado en una Constitución, es posible hablar de una institucionalidad firme y legítima, a la cual se le puede confiar luego la instauración de un sistema económico adecuado a la comunidad que se ha venido a conformar en virtud de él. Así, la Constitución es el punto de apoyo

⁴⁵ Columna de opinión publicada en el Portal UCM el 20 de noviembre 2019.

⁴⁶ Académico del Departamento de Filosofía, Universidad Católica del Maule.

sobre el cual se funda la estructura normativa del país y, a su vez, el punto de fuga hacia el cual deben converger las instituciones que conforman dicha estructura. Posee, por ende, un carácter instrumental, en tanto que permite que el pacto social se concrete en la legislación que regirá a los habitantes del país. Sin un pacto social a la base, la Constitución no tiene capacidad de sostener ni de guiar a la sociedad y, tal como ha ocurrido en la última década, termina por encontrarse en un conflicto constante con las demandas de una comunidad que sigue una dirección distinta a la que ella traza.

Por otra parte, la decisión del Estado de llamar a consulta para un cambio de Constitución instaaura una respuesta mucho más radical y efectiva que cualquier grupo de medidas que intentara remediar los problemas que nos aquejan como sociedad. De hecho, recordando de nuevo a Descartes, si se quisiera resolver una a una las exigencias de la sociedad sin cambiar la estructura actual, se requeriría de un gran esfuerzo que se debería extender por mucho tiempo. Por el contrario, “una vez socavados los fundamentos –en este caso, la Constitución del 1980–, todo aquello que hubiera sido edificado sobre ellos colapsaría espontáneamente”. En este sentido, cabe preguntarse cuáles son esos fundamentos que habría que demoler, para que así colapse la estructura desigual y violenta de nuestra sociedad.

Pues bien, aun cuando la actual Constitución reproduce parcialmente el primer artículo de la Declaración Internacional de Derechos Humanos: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos”, la manera cómo estructura el sistema político y económico pone el énfasis en la primera parte: la libertad. Ha sido esta noción, entendida sobre todo como ausencia de coerción por parte del Estado, la que ha servido para justificar que servicios esenciales como la salud, la educación y la seguridad social hayan quedado principalmente en manos de los privados. Así, de entre todos los sentidos en que se puede concebir la libertad, se optó por el sentido mercantil y, en función de esa acepción, se interpretan la igualdad, la dignidad y los derechos. Estos últimos, en particular, vienen a ser entendidos en sentido subjetivo, como una aspiración por alcanzar algo que un grupo de individuos no se puede procurar por sí mismos, y no de manera objetiva, como algo que el Estado debe asegurar y a lo cual todo habitante puede acceder si cumple con los requisitos, en caso de que los hubiera.

Tal como lo demuestran las cifras de desigualdad y las demandas del pueblo chileno, la libertad, sobre todo en sentido económico, no es una base suficiente sobre la cual se pueda fundar una

sociedad. Solo lo sería bajo el supuesto de que hubo un momento en el cual todos los habitantes estuvieron en igualdad de condiciones y el ejercicio de su libertad determinó su riqueza o pobreza. Pero eso nunca ha sido así. El sistema premia a los que tienen y castiga a los que carecen, es más, dado que el premio proviene de los ingresos de estos últimos, se puede incluso sostener que el sistema es intrínsecamente desigual: permite que se despliegue y se perpetúe. Por otra parte, si los derechos, como meras aspiraciones, están supeditados a los vaivenes del sistema, no hay manera de asegurarlos, sino sobre la base de un mayor poder adquisitivo. Es por ello, que la forma de validación que ha triunfado en los últimos treinta años ha sido el éxito económico, aunque sea aparente, a costa de un endeudamiento salvaje. La dignidad se viste, se exhibe, se compra, se ostenta, se vende y se arrienda.

Si colapsara esta idea de libertad como base de la sociedad –y, con ella, la desigualdad, el clientelismo en materia de derechos, el poder adquisitivo como fuente de dignidad–, podría esperarse que uno de los otros tres principios que animan la Declaración de Derechos Humanos prevaleciera y sirviera de base para un nuevo pacto social. Esta es la disyuntiva en la que nos encontramos ahora. Esta es la definición que es necesario encontrar.



¿Por qué hay política y no la nada?⁴⁷

Cristhian Almonacid Díaz⁴⁸

Esta es la pregunta fundamental ante la situación social de Chile después de 40 días desde el inicio de la crisis que ha desnudado y puesto en cuestión muchos de los imaginarios construidos respecto a lo que somos como país. Es una pregunta que urge y es extremadamente trascendental, ya que la Política es el único medio ético con el que contamos para el restablecimiento del sentido que necesitamos como sociedad. Estamos conscientes que decirlo así puede ser contraproducente, pues las formas actuales de la política institucional parecen ser parte del problema, por tanto, difícilmente podrían ser fuente de la solución.

No resulta difícil comprobar la veracidad de este diagnóstico, cuando vemos que muchas de las decisiones y estrategias políticas que se han implementado o se pretenden implementar –incluidas medidas de excepción e ingreso de proyectos de ley con determinada urgencia para entregar más poder policial y abrir eventuales campos de acción a las fuerzas armadas (sin distinguir con solidez la evidencia que separa hechos de delincuencia y las legítimas manifestaciones sociales)—, lejos de colaborar en una narrativa que descomprima la crisis, terminan por enardecer los ánimos y ahondar el quiebre entre la clase política y la sociedad.

Nuestra pregunta, sin embargo, hace referencia a la Política con mayúscula. Al decir Política nos referimos a aquella actividad ética dirigida a la meta humanizadora de la sociedad. En ese marco, la respuesta que proponemos es “hay Política y no la nada, porque hay alguien y no nadie”. Es decir, el sujeto humano es razón de ser y centro de la Política. Bajo esta referencia podemos iluminar y comprender muchos de los acontecimientos políticos de los que somos testigos. La pequeña política basa su acción en la prevalencia de los intereses partidistas o en los recursos económicos en el

⁴⁷ Columna de opinión publicada en el Diario El Centro, 13 de diciembre 2019.

⁴⁸ Académico del Departamento de Filosofía, Universidad Católica del Maule.

entendido que afectan a las personas. El razonamiento político bajo esta lógica es: "si resguardamos nuestras ideas y el bien material, resguardamos al bien de las personas como consecuencia". Pero desde la Política podemos invertir ese razonamiento para decir: "Porque los sujetos dentro de la sociedad son el valor preponderante, ponemos al servicio de las personas nuestras ideas y recursos materiales con los que contamos".

Si la Política impera saldremos fortalecidos de nuestra crisis social. La acción Política requiere para ello recurrir a la palabra, pues se sostiene gracias al razonamiento intersubjetivo como un elemento vital. Esta Política no se hace en el despacho, sino que se despliega en la red de relaciones y referencias existentes en el entramado de la sociedad. Por esta razón, la gran Política no tiene lugar en el aislamiento ejecutivo o cameral, en el atrincheramiento de nuestras posiciones ni menos en las medidas de resguardo de la paz social vía imposición de la fuerza. Sólo dialogando es posible comprender, desde las diferentes posiciones, el mundo que está entre nosotros para establecer en conjunto las medidas estructurales y efectivas que mejoren las condiciones sociales que compartimos.

El descubrimiento del "quién" en contraposición al "qué" exige un descentramiento profundo, pues nos demanda no imponer nuestra narrativa subjetiva sino, ante todo, atender dialógicamente a las narrativas de la alteridad. En este entrelazamiento fructífero emergerán las nuevas narrativas que necesitamos para la elaboración de un nuevo proyecto socio político que vuelva a reintegrarnos en la unidad y la paz que todos anhelamos como un derecho, pero también como un deber para no caer en la nada.

Ciudad, justicia urbana y nueva constitución⁴⁹

Francisco Letelier Troncoso⁵⁰, Javiera Cubillos Almendra⁵¹ y Rodrigo Hernández Fernández⁵²

La ciudad es un reflejo de la sociedad. Es la versión, en el espacio urbano, de las desigualdades, de las estructuras de poder que las producen y reproducen, de la capacidad o incapacidad que tenemos como sociedad y agentes socio-políticos para modificarla. Por ejemplo, sabemos que la forma en que están distribuidas las áreas verdes y los espacios de ocio y encuentro en la ciudad — como plazas y parques— es desigual. Ciertas zonas concentran los espacios más amplios y más equipados, mientras que en otras se concentran los sitios eriazos, poco iluminados y/o abandonados por la inversión pública y privada. Esto no es azaroso; tiene causas. Existe, por ejemplo, una relación entre la calidad del espacio público y el nivel de ingreso de las familias que habitan determinados vecindarios. Así, la desigual distribución del ingreso que existe en la sociedad se expresa en una desigual distribución de la calidad urbana. Pero, en una sociedad que se precie de justa, el nivel de ingreso de una familia no debería tener un peso importante en el tipo de ciudad en la que vive. El problema no solo está en el ingreso, sino también en la forma en que se distribuye otro conjunto de condiciones, como el poder ¿Dónde está hoy el poder en la ciudad? O hilando más fino, ¿qué agentes están investidos de poder para definir el devenir y las proyecciones de la ciudad? Básicamente los desarrolladores inmobiliarios, las grandes empresas del sector servicio y comercio, algunos ministerios y el municipio, más específicamente el alcalde, porque al concejo municipal se le reconoce actualmente un poder muy restringido. Es en este circuito donde se toma la mayor

⁴⁹ Columna de opinión publicada en el Diario El Centro el día 15 de diciembre 2019.

⁵⁰ Académico de la Escuela de Sociología e investigador del Centro de Estudios Urbano-Territoriales, Universidad Católica del Maule.

⁵¹ Académica de la Escuela de Sociología e investigadora del Centro de Estudios Urbano-Territoriales, Universidad Católica del Maule.

⁵² Director Fundación Urbanismo Social, Región del Maule.

parte de las decisiones urbanas. La ciudad, en este sentido, es una reproducción de la concentración del poder que existe en la sociedad entera.

Cuando tomamos conciencia –individual y colectiva– que la desigualdad urbana, o volviendo al ejemplo, que la distribución de la calidad de parques y plazas no es producto del azar, sino de estructuras sociales que condicionan el modo en que hacemos la ciudad, entonces, se da un paso en definir un problema que tienen que ver con la justicia social; se visibiliza una injusticia urbana. De este modo, un sitio eriazado deja de concebirse como algo normal (o accidental) y pasa a ser el eslabón final de decisiones –que moldea las prioridades urbanas y la distribución de recursos en la ciudad– sobre las cuales algunos tienen poder y otros no.

Pero la ciudad no solo es el reflejo de la sociedad, también es productora de la sociedad. En el espacio urbano no solo se padecen las decisiones de unos pocos, sino que se pueden resistir y transformar las estructuras que producen la desigualdad. En este sentido, la ciudad es un espacio político en el cual podemos ensayar nuevas formas de organización social, de representación política y de redistribución del poder. Por eso, un desafío fundamental del proceso de Constituyente y de una futura Nueva Constitución es “emparejar la cancha” para tener un juego político realmente democrático, participativo e incidente, lo que es también una necesidad a nivel local. Es urgente generar las modificaciones constitucionales y legislativas pertinentes para reconocer mayor poder a la ciudadanía y sus organizaciones para incidir en las decisiones territoriales y comunales. Se requiere, por una parte, la reconquista de un espacio autónomo y vigoroso para las organizaciones vecinales, a través de una nueva ley de junta de vecinos [y vecinas] y organizaciones comunitarias y una ley de integración social y urbana que tenga un claro objetivo de desarrollo; y, por otra, la consolidación de mecanismos de participación vinculantes —como los plebiscitos, hoy impracticables en el ámbito comunal- y el fortalecimiento de órganos como los Consejos de la Sociedad Civil.

En esta dirección, aunque en un sentido aún restringido, entendemos la consulta organizada por las municipalidades como un avance en términos de participación ciudadana a nivel local en torno a temas nacionales. Recordemos que la Constitución vigente señala que el objetivo de las municipalidades es “satisfacer las necesidades de la comunidad local y asegurar su participación en el progreso económico, social y cultural de la comuna” (Art. 118). Esta definición enfatiza la función administrativa de las municipalidades, desconectándolas de las problemáticas regionales y nacionales, y desconociendo el rol de representación política de los ciudadanos y ciudadanas. Lo

que se puso de relieve, a través de la consulta, es este rol. Son los y las ciudadanas del municipio quienes toman posición respecto a temas nacionales. Son los agentes que dan forma al espacio local participando en la construcción del espacio nacional, con miras a una sociedad más justa, en términos territoriales, sociales y políticos. En definitiva, lo que se puso en tensión es si entendemos lo público como un espacio abierto al poder colectivo o clausurado en torno al poder de pocos. Una cuestión que, sin duda, es necesario debatir de cara al proceso constituyente.

El presidente y el espíritu santo⁵³

Benoit Mathot Flamand⁵⁴

En una entrevista al diario La Tercera, el 29 de diciembre de 2019, a las preguntas del periodista "*¿Cómo contribuye usted al buen clima cuando algunas de sus intervenciones han exacerbado los ánimos? ¿Se siente parte de la solución del problema?*", el Presidente de la República Sebastián Piñera reconoció errores en su gestión del estadillo social, y terminó su respuesta afirmando: "*Y salvo que tuviera conexión directa con el Espíritu Santo, no estoy libre de errores, y he cometido errores*". Seguramente, esta cita no es la más importante que haya pronunciado el mandatario durante la crisis. Sin embargo, a pesar de su carácter periférico con respecto a los aspectos centrales de la demanda social, como teólogo, no puedo dejar pasar esta afirmación que tiene un carácter explícitamente teológico, porque, según mi opinión, apela a un tipo de religiosidad entendida (y sobre todo distorsionada) desde el neoliberalismo.

En efecto, sabemos que el neoliberalismo tiene esta especificidad de promover la ficción de un mundo completamente *positivo*, en el cual cada uno de nuestros deseos podría posiblemente ser cumplido por la libre acción del mercado. En este mundo imaginario, se destacan una serie de conceptos: armonía, felicidad, eficiencia, pacificación, normalización, control, transparencia, crecimiento, coincidencia, etc. Todos ellos tienden a promover un orden social del cual lo *negativo* ha sido excluido. Dicho de otra manera, todo fenómeno que tiende a diferir, impedir, resistir, escapar, descoincidir al sujeto de su deseo es percibido como un obstáculo que puede y debe ser superado. Más fundamentalmente, a través de este léxico exclusivamente positivo, nos damos cuenta que es la

⁵³ Columna de opinión publicada en el Diario El Centro y en El Heraldo el día 03 de enero 2020.

⁵⁴ Director del Departamento de Teología y Director del Centro de Investigación en Religión y Sociedad (CIRS), Universidad Católica del Maule.

dimensión de "falta", que nos constituye como seres humanos, la que tiene como horizonte ser superada.

En el neoliberalismo, que se sostiene en estos referentes simbólicos e imaginarios positivos, la religión, a menudo, aparece como solidaria de esta ideología, promoviendo (y viviéndose como) un "más" (más sabiduría, más saber, más goce) en una vida estresada, o como una seguridad existencial en medio de las incertidumbres cotidianas, o como una respuesta definitiva en medio de tantas preguntas insolubles. En filigrana de esta comprensión neoliberal de la religión, la figura de Dios que emerge tiende a garantizar la posibilidad de un sentido y, por consecuencia, a asegurar la posibilidad (el Presidente Piñera sigue sobre este punto una lógica muy coherente) de estar "*libre de errores*", al menos si el sujeto pone su vida en adecuación con este sentido.

Sin embargo, podemos preguntarnos sobre la pertinencia teológica y antropológica de esta "comprensión neoliberal de la religión", y, en el caso del Presidente Piñera, sobre la pertinencia de esta visión del cristianismo. En efecto, muchos episodios bíblicos nos presentan un Dios que viene más bien a abrir una brecha en el tejido de nuestras certezas; que viene a profundizar y fecundar una distancia en el corazón de nuestras vidas; que viene a ponernos en crisis (en el buen sentido de la palabra), más que a normalizar nuestras vidas por la presencia de un sentido a asimilar. Su encuentro provoca la interrupción de nuestros relatos imaginarios y nos hace descoincidir de nuestras fijaciones u obsesiones, pero no provoca una reconciliación a bajo costo o que nos permitiría vivir una vida *fuera de los errores*.

La religión cristiana nos enseña que el Espíritu Santo (con el que Piñera no se siente en conexión) trae a la humanidad el don de la sabiduría. Sin embargo, esta sabiduría no impide los titubeos ni los errores humanos, sino que nos ofrece el discernimiento para no persistir en el error. Después de más de dos meses de estadillo social, y al momento de comenzar un nuevo año, podemos esperar que esta comprensión del Espíritu Santo acompañe, más que nunca, al Presidente Piñera en su preocupación por el bien común.

2019: El Año en que revisitamos la idea de poder y ciudadanía⁵⁵

Marcelo Pinochet⁵⁶

A principios de los 2000, organismos internacionales como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD 1998 y 2000) y diversos estudios de centros universitarios comienzan a dar cuenta de un malestar social relacionado con una desigual distribución de los ingresos y el poder. A partir de 2011, el diagnóstico de país desigual se instala en el vocabulario de chilenos y chilenas. La paradoja es que, por un lado, se constata una mejora generalizada en el nivel de vida material, y por otro, un profundo descontento con la manera en que se organiza la sociedad y la forma en que actúan las elites.

Las instituciones no lograron entender el malestar ni asumir las demandas de la ciudadanía. La distancia existente entre la esfera política y la sociedad se profundizó. Es allí donde el sistema hizo crisis. En el medio del estallido social todos los actores sociales reconocen la enorme distancia entre las elites políticas y la ciudadanía en un país que se caracteriza por desiguales niveles de ingresos, acceso diferenciado a un sistema educativo de calidad, evidentes brechas de participación entre hombres y mujeres, entre otros.

El estallido social empujó a una elite anquilosada hacia la búsqueda de una vía de salida: el cambio constitucional. Pero el acuerdo del 15 de noviembre ha sido solo el inicio. Su legitimidad se juega en incorporar la paridad de género, la representación de los pueblos originarios y los independientes. El cambio constitucional debe ser capaz de instalar mecanismos de deliberación en que la ciudadanía pueda canalizar sus expectativas y las instituciones u organizaciones puedan ver plasmadas sus aspiraciones. Especialmente se debe asegurar la participación de la ciudadanía a nivel local, generando mecanismos de deliberación desde la base, como camino para lograr un desarrollo

⁵⁵ Columna de opinión publicada en el Diario El Centro el día 29 de diciembre 2019.


⁵⁶ Director de la Escuela de Sociología, Universidad Católica del Maule.

igualitario independiente de las condiciones azarosas de existencia. Pero esto no solo depende del sistema político sino también de las comunidades territoriales y los líderes sociales.

Está sobre la mesa el debate sobre la democracia, la manera en que se organiza la economía, la ampliación de los derechos sociales y los mecanismos de inclusión e integración sociales. Tenemos al frente la posibilidad de crear una nueva relación entre política y sociedad, pero también entre economía y ciudadanía. Es tarea de todos dar paso a una cultura inclusiva, menos segmentada, menos clasista. Además, es esencial realizar un esfuerzo de renovación de las élites, para dar paso a una generación formada en democracia y que cuenta con un elevado compromiso con las ideas de justicia y bienestar social, las que sabemos, gozan de un abierto reconocimiento y respaldo en la opinión pública. Qué duda cabe: vivimos una época difícil, pero debemos mirar con confianza y expectación lo que está por venir.



<http://portal.ucm.cl/carreras/sociologia>

 sociologia UCM Talca